

España oye hablar de crisis y de combinaciones de partidos, de juegos parlamentarios y de zancadillas para conseguir el Poder.
España no quiere oír hablar de nada de ésto.

En cambio al Parlamento ha llegado el problema del Estatuto Vasco.
Una región española quiere suicidarse.
De ésto si que quiere oír hablar España.

AÑO II NUM 8
JUEVES 1
de marzo de 1934

GUIONES

ANATEMA

El Papa no ha condenado nunca al fascismo italiano. Ha llamado a Mussolini "hombre dado a Italia por la Providencia divina". Ha dado capellanes a todas las legiones de camisas negras. Ha celebrado los beneficios sociales y religiosos de la legislación fascista desde el crucifijo en las escuelas hasta la elevación moral de Italia en todos los aspectos de vida. Pero el fascismo ha sido condenado como anticatólico en el "Heraldo" por el señorito Gil Robles, que estaba nervioso precisamente después de la emoción unánime producida ante los cristianos honores rendidos a uno de nuestros muertos. El señorito Gil Robles debe entender que los anatemas de la Santa Madre Iglesia, no pueden nunca venir tan bajos ni desde tan bajo lugar

Entre el "Heraldo" y la "Acta apostolical Sedis" hay poco más o menos la misma distancia que entre el anatema del señor Gil Robles y el anatema del vicario de Cristo.

TRAGEDIA Y ALEGRÍA

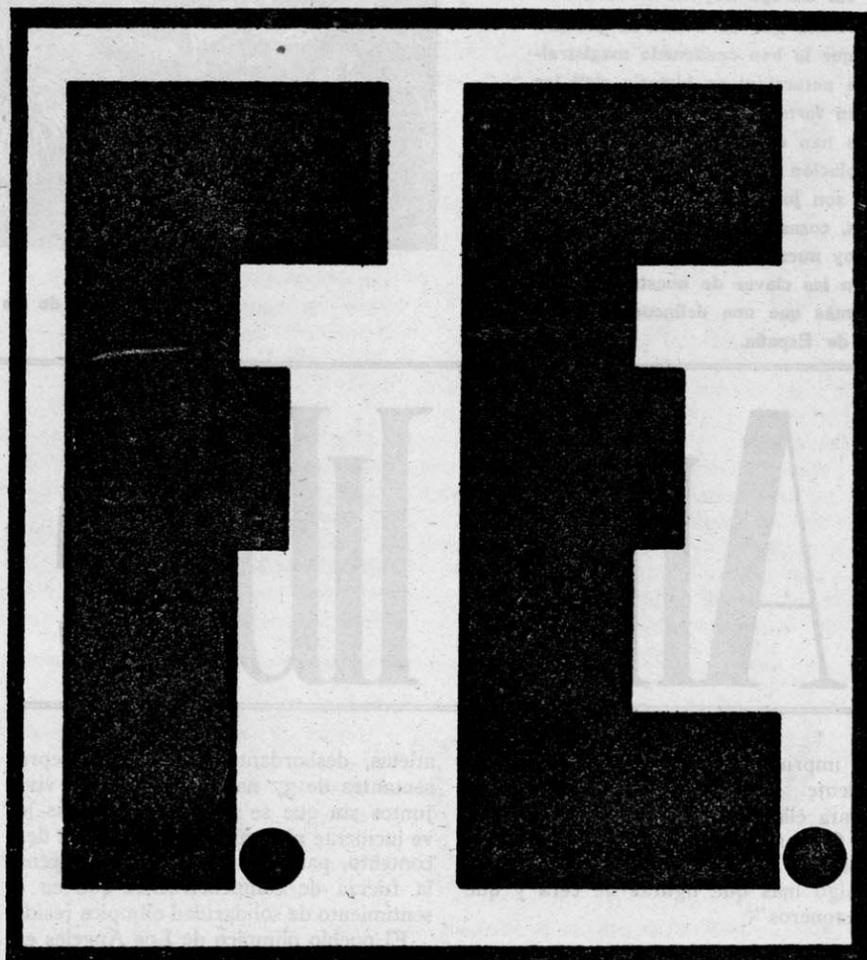
No seáis, en nombre de la Patria, malhumorados ni elegíacos. Estos no ayudan de seguro a traer la primavera. En nombre de la Patria elevad como dos cosas sacras e inseparables tragedia y alegría. A lo largo de todo el misterio de la Historia una es siempre como el enigma de la otra. El secreto del "¡aleluya!" de Belén, era la tragedia, pero el secreto del "consumatum" del calvario era la alegría. Nuestro ritual va repitiendo sobre todas las cosas de España: ¡JUBILATE, AMEN!

AVISO

Conviene advertir a todos nuestros afiliados escritores, cuya buena intención nos consta, que deben evitar escrupulosamente, al hablar de nuestro movimiento y sus propósitos, el caer en hipótesis vanas o quiméricas, las cuales no teniendo ninguna base en las direcciones del mando sólo suelen servir incáutamente para dar unos vagos alientos a sugerencias exteriores, equivocadas e importunas.

Precio de suscripción a esta Revista:

5 pesetas semestre



POR EL ABSURDO

Desde que dijimos, camaradas, que nuestra verdad se afirmaría por el absurdo de todas las demás soluciones hemos andado buen camino. Gentes crédulas hay, todavía, que van a apuntarse a los partidos con más o menos pálidas razones, pero la gente que viene a nosotros es la única que trae la razón fuerte y entera: viene a nosotros, según suele decir, "porque no hay otra cosa" y "porque es la única solución". De la extrema izquierda a la extrema derecha, sigue progresando maravillosamente hacia la evidencia el absurdo de todas las demás soluciones. Y nada nos conviene tanto como su desfile por el poder, para que evidencien su incapacidad y nos vayan allanando el camino no ya "sin efusión de sangre" sino sin efusión de nada, porque se trata de comparsas que no tienen ya nada que efundir. Que haya muchos gobiernos posibles, muchos pactos, muchas roturas de pactos, muchas tomas y dadas, mucho parlamento, muchos discursos, muchas habilidades y conjuras, muchos "preparados para gobernar", muchos programas, muchas promesas, muchas amenazas; eso es lo que nos conviene. Eso purga el vientre de España, eso sirve de estiércol para ayuda de nuestra primavera. Toda esa agitación simiesca y grotesca, todas esas complicaciones inanes, toda esa incesante esterilidad para la Patria no hace sino fuerza para que nosotros vengamos y está engrosando sin cesar nuestras filas, rebusteciendo nuestra fe en las cosas sencillas y resueltas, afilando nuestro menosprecio. Todos los que admiten de la derecha a la izquierda la variedad de partido, el turno de partidos, el sistema electoral, la defensa de los intereses de clase, el progreso civil reducido a los llamados "medios legales" del estado liberal no harán nada y ya no hacen nada. Y los que sin creer en estas cosas como los socialistas y ciertas derechas las han aceptado por hipocresía y granjería para escalar el poder y aprovecharse del régimen, acatándolo para befarlo y maltratarlo, pasarán y están ya pasando sus estratagemas. Nuestra hostilidad al sistema de liberalismo radical y burgués en que vivimos es más clara, más escueta, más noble que la de esos socialistas y esas derechas. Son tramposos y hábiles los que vienen en nombre de la conveniencia no el que viene en nombre de la verdad y la pone descubierta y armada en campo de batalla. No queremos edificar en falso jamás. Toda nuestra fuerza ética, religiosa, esencial, puesta al servicio de la Patria, se vería mancillada y enflaquecida. La añagaza de esos socialistas y de esas derechas para destruir el régimen fingiendo que lo acatan, entrando en sus juegos y combinaciones, ayudando a sus gobiernos, haciendo usura del apoyo prestado, etc., etc., no es de nuestro estilo. El sistema es pueril queriendo ser diabólico y en él acaba por perderse todo. Es como si una mujer

REDACCION Y ADMINISTRACION

EDUARDO DATO, 10, 3.º, 1

Apartado núm. 546

GUIONES

En los charcos de la política liberal democrática—en los parlamentos, en los comicios, entre los libres representantes del pueblo soberano—se han visto muchos más hombres agrios y tristes, que en las flotas y en los ejércitos. Esos hombres, además de ser agrios y tristes, no han dado a la historia de la Patria una sola hora de júbilo, de grandeza o de orgullo. Los que temen la absorción del individuo por el Estado deben meditar este punto. El arte y el derecho políticos que quieren defender, ¿han embellecido en alguna manera la Historia española del Imperio?

Nosotros no hemos elegido estas o las otras ideas, estos o los otros programas. En la historia patria hay unas grandes invariantes que fueron los ejes de la grandeza, las abscisas y las coordenadas de la España grande. Esas son las que defendemos sobre todas las variaciones.

Para hacer una política aldeana no nos proponemos como esos sociólogos pedantes enseñar a los aldeanos. Nos proponemos ante todo aprender de los aldeanos aquéllo que tienen de mejor en tantas cosas y aquéllo que les hace tantas veces evitar los razonamientos torcidos, yendo a las cosas por derecho, con resolución y sencillez.

Cuando se carece de este entrañable lazo moral con los aldeanos es inútil hacerse agrario de ocasión.

EL LEGADO DE LOS CLASICOS

No ames el sueño, no sea que empobrezcas.

Libro de los Proverbios.

Mueren los cobardes muchas veces antes de su muerte; el valiente no la gusta sino una vez. De cuantas maravillas tengo oídas, ninguna me parece mayor que la de que los hombres teman. La muerte es un final necesario que ha de llegar cuando llega.

Shakespeare: Julio César.

La Historia Universal es en el fondo la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí.

Carlyle: Sobre los héroes.

La medida cierta del amor humano se toma de lo que cada uno padece por el compañero.

Quevedo: Sentencias.

Sólo de un modo se puede acertar: errar de infinitos.

Feijóo: Teatro crítico.

Precio: 20 ctms.

se dedique a hacer de prostituta con el fin de reunir dineros para demostrar "en su día" la propia honestidad. Ni esos socialistas ni esas derechas han acrecentado su crédito ante nadie con ese sistema. Hoy hay en torno a ellos menos ilusión y menos esperanza de las que pudo haber en pasados momentos de pública alucinación nacional izquierdoide o derechoide. En las hipocresías con que se piensa ganarlo todo fácilmente y al descuido el espíritu se enfría, se mineraliza, pierde sus virtudes radiantes y atractivas. El socialismo al percibir los efectos desastrosos de su crisis de hipocresía y conveniencia ha sido más inteligente. Ha querido volver a sus viejas tiendas revolucionarias y renovar allí la intransigencia teórica y el motín en que encontró originariamente su popularidad y su fuerza. Tácticamente no está mal. En Europa hoy no creen ya en la evolución más que algunos sociólogos cristianos, que se atiborran previamente sin entenderlas de todas las encíclicas que la han condenado magistralmente. Ni en arte, ni en política, ni en historia natural ni en historia civil los métodos evolucionistas parecen disfrutar de gran fortuna. En España como en toda Europa, no tenemos sino dos fuerzas que han de decidir una revolución destructiva, desordenada e informe y una revolución constructiva, ordenada y reformadora, que es la nuestra. Todo lo demás son juegos papeleros y palabreos, ficheros y discursos, papeletas y programas, cosas que al primer cerzo en la plaza se ven desbaratadas y dispersas. Por hoy nuestra tarea es la de persistir y resistir. La perseverancia y el ímpetu son las claves de nuestra victoria. Día vendrá en que contra nosotros no haya más que una delincuencia. Pero entonces ya no seremos más que la justicia de España.



La división de las derechas

TRISTES MANERAS

En los últimos partidos de fútbol que se han disputado en Madrid, el público no ha sabido comportarse. Pero esto no puede extrañarnos, porque las masas de espectadores—en sport—no saben comportarse casi nunca.

Entre nosotros, por lo menos. No es verdad que haya una educación deportiva. No hay sino una educación fundamental. El espectador que arroja una botella al árbitro, hará cualquier cosa parecida en la vía pública. No se necesita sino tomar un tranvía para comprender lo que puede ocurrir en un campo de fútbol.

En los campos de fútbol ocurren más cosas porque el espíritu beligerante está enardecido por la lucha.

La culpa es del Estado. El Estado no se ha preocupado nunca de la juventud. La juventud no encuentra sino obstáculos para cultivar su inteligencia, no encuentra nada para cultivar su cuerpo y no se le ofrecen sino magníficos ejemplos, desde el Poder, de las peores maneras.

La política, "que es el arte de dividirse en partidos", ha hecho que entre nosotros el sport no sea otra cosa que el arte de dividirse en odios.

Es repugnante. Insistimos en la necesidad de que el sport sea otra cosa. Una escuela de la orrección, por ejemplo, una buena versión de lo caballeresco, y, sobre todo, una academia del espíritu nacional. Todo mucho más importante de lo que se cree. La necesidad de que el Estado dirija controle las manifestaciones deporti-

Aire libre

vas, imprimiéndolas un nuevo rumbo, es evidente.

Para ello el Estado necesita algo más que figuras de cera al frente de sus destinos.

Algo más que figuras de cera y que "bastoneros".

EL PUEBLO OLIMPICO DE BERLIN

El Comité organizador de la XI Olimpiada Berlín 1936 abrigó desde el primer momento el propósito de ofrecer a los deportistas del mundo entero que acudan a Berlín con motivo de los Juegos Olímpicos un lugar de residencia semejante al "pueblo olímpico" levantado por los norteamericanos en las colinas de Baldwin. Es indudable que la comunidad de residencia entre atletas de todos los países contribuyó en grado no pequeño al éxito grandioso de los Juegos Olímpicos de Los Angeles. La idea de solidaridad que preside a la fiesta tiene en el pueblo olímpico una representación viva y el hecho de que durante cuatro semanas, más de 1.500 jóvenes

atletas, desbordantes de energía, representantes de 37 naciones, pudieran vivir juntos sin que se produjeran el más leve incidente ni la más ligera señal de descontento, patentiza de modo concluyente la fuerza de compenetración que en el sentimiento de solidaridad olímpica reside.

El pueblo olímpico de Los Angeles estaba situado a 20 minutos de ómnibus de la ciudad, en plena naturaleza, y comprendía 500 pequeñas viviendas, con dos dormitorios de dos camas cada una. Cada nación disponía además de una cocina y un comedor propios y cada grupo de naciones de un baño turco. Un cinematógrafo, un salón de recepciones, otro salón de conversación, una Oficina de Correos, una lavandería y las diversas dependencias necesarias para oficina y demás servicios completaban la instalación del pueblo olímpico. El acceso al pueblo olímpico propiamente dicho estaba exclusivamente reservado a los que en él tenían su residencia, pero la curiosidad despertada entre el público fué considerable y a las puertas y alrededores del "pueblo" acudieron en gran número las personas deseosas de conocer por propia experiencia esta original manifestación de la Olimpiada. Para los que tuvieron la suerte de residir en el "pueblo olímpico" el tiempo pasado allí constituye un recuerdo inolvidable, y olvidadas están en cambio las pequeñas molestias que pudiera llevar consigo la vida en común sobre una base de extrema sencillez, ya que la aglomeración de forasteros que los Juegos Olímpicos provoca siempre en todas partes donde se celebran hace que no sea tampoco libre de incomodidades y molestias la vida en los hoteles.

En vista de las grandes ventajas que el pueblo olímpico presenta ha entendido Alemania que era su deber ofrecer el mismo género de hospitalidad. El pueblo olímpico de Berlín, cuya probable construcción fué ya anticipada, será un hecho. Junto a la amplia carretera de salida que parte en línea recta del paseo Unter den Linden y que conduce también al Estado

donde se celebrarán los Juegos, próximo al campamento militar de Doeberitz, y a 14 kilómetros del Estadio se levantará el pueblo olímpico. Tendrá capacidad para alojar a los 3.000 atletas masculinos que se espera concurren a los Juegos Olímpicos de Berlín. Situado en un pintoresco rincón de paisaje, sus casas serán construídas de piedra por exigirlo así las condiciones climáticas de Alemania, pero serán igual que en Los Angeles, su cocina y comedor propios, así como las demás dependencias y servicios que sean precisos. El Comité Olímpico organiza un servicio regular de ómnibus entre el pueblo olímpico y el Estado que permitirá a los atletas hacer el trayecto en 15 minutos. En Doeberitz se instalará además, lo mismo que en las cercanías del Estado, una pista para ejercicios de entrenamiento. Asimismo figurarán en el pueblo olímpico todas las comodidades que son indispensables para facilitar el entrenamiento de los atletas.

El terreno donde sería instalado el "pueblo olímpico" es propiedad de la administración militar alemana, a cuyo cargo corren asimismo todos los trabajos de construcción. De este modo contribuye también el Ejército alemán al mayor éxito de los Juegos, ofreciendo a los atletas de todas las naciones la hospitalidad de un alojamiento situado en un marco de aire libre y bellezas naturales. Para los gastos de comida y transporte al Estadio se percibirá la modesta cuota de 5 marcos diarios por persona.

Máximas

Se traducen para F. E. estas divinas máximas de Jean Giraudoux.

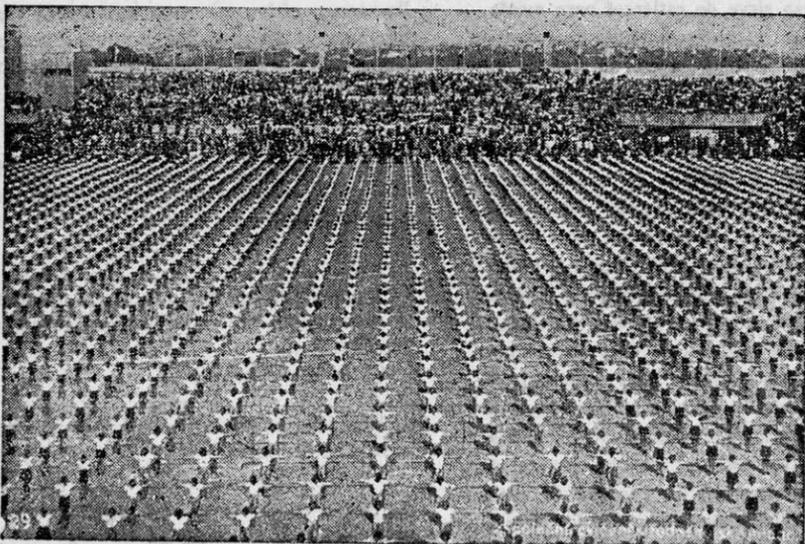
Uno sería muy desgraciado viendo al lanzador de jabalina ensartar pájaros con su dardo.

En un equipo de rugby, ocho de los quince jugadores deben ser fuertes y activos, dos deben ser livianos y astutos, cuatro deben ser grandes y rápidos y, por último, uno debe ser un modelo de flemas y de sangre fría.

Es la proporción ideal entre los hombres.

El soldado de la Marathon, tan dotado físicamente como estaba, fué una víctima del mal entrenamiento militar.

La verdadera carrera no va de un punto a otro punto sino de un punto al mismo punto.



Los "sokols" checoslovacos: un despliegue gimnástico de muchachas

"Viajante de revoluciones" en delirio

"El viajante de las revoluciones" ha llamado un periódico de Barcelona al señor Largo Caballero. ¡Y es verdad! El líder socialista especula, como ya lo ha hecho otras tantas veces, con el espíritu revolucionario que alienta en una parte del proletariado español. Pero su especulación es de las más turbias. Largo Caballero lo que hace es dosificar la capacidad subversiva de España. Cualquiera que observe su modo de proceder creería que al único que le interesa que la revolución no estalle nunca es al propio señor Largo Caballero.

Pero si la realidad de la revolución no le interesa que se produzca, en cambio sí le importa—y mucho—que la amenaza permanezca constantemente con su espada en alto sobre las cabezas de los españoles. El juego no por sucio, deja de ser menos claro. La amenazadora tensión subversiva le permite operar ejercitando el más inmoral de los chantajes: el de la sangre que va a derramarse y la pólvora que va a arder a fecha fija, como si se tratara simplemente de una sesión de fuegos artificiales. Sin embargo, el descubrimiento de su juego aclara muchas cosas al mostrar el por qué de una alarma continua. Y entre otras la auténtica fuerza revolucionaria, que al señor Largo Caballero le consta que rebasaría

su triste y paupérrimo programa de "viajante en revoluciones".

Ahora el "viajante" vive en delirio. Quiere que su clientela no se embarque en las verdaderas revoluciones y corre de una a otra parte para refrenar a las masas en sus ímpetus ciertos.

Quede todo claro de una vez para siempre. Tanto da, ante la repugnancia vigilante del pueblo, valerse de una cómoda demagogia como invocar sin fe grandes verdades aprendidas de viva voz. El fin de todo es una fotografía a la puerta de Palacio y unos cuantos sueños descabezados sobre el azul del banco ministerial.

Dimitov, Popov y Tanev fueron puestos en libertad y el martes salieron en avión para Rusia.

Parece que Hitler no ha podido resistir la presión de "Heraldo de Madrid" y las duras palabras que pronunció en el Café Castilla el señor Fontdevila.

Por el sistema democrático, el país se obliga a conceder un crédito de confianza por miles de millones a muchas gentes a las que el habitante de ese país, particularmente, no les prestaría ni cinco duros. ¡El dinero de la nación no tiene importancia!

El sufragio en la calle

Parece inexplicable esta resurrección del Carnaval, y, sin embargo, es una consecuencia lógica de la política que se viene siguiendo en nuestra Patria. Nadie que no lo haya visto podrá creerlo y, sin embargo, es cierto que este año el Carnaval ha superado el mejor recuerdo de Carnavales de los más viejos.

Millares de máscaras de todas clases invadieron la Castellana, convirtiéndola en río confuso y mezclado. Millares de aspirantes a máscara contemplaron desde las riberas opuestas el desfile de esta corriente que fluía por el paseo principal de la República. Madrid quedó dividido en dos mitades, como separado por un río sin puentes, imposible de atravesar... Un río que desbordaba su cauce para llevar las aguas sucias de su mascarada a todos los lugares, a los más apartados rincones que se libraron siempre de la invasión popular.

El censo se ha podido ver íntegro en la calle, tal y como es de confuso y mezclado, con sus ropajes hipócritas, sus carretas falsas, su monstruosa entraña. Y su falta de unidad, de conciencia colectiva. Sin voz de mando, ni oídos para escucharla. Sin ruta marcada. Sin objetivo a alcanzar... Todo el censo en la calle disfrazado de destrozona, con rencor a

lo noble, a lo bello y a lo heroico. Borracho y manchado.

Se había hablado de revolución para esta fecha. Se había agudizado el obsesivo grito de "A la calle". Se había duplicado la vigilancia de la fuerza pública. Se había...

Pero todo se resolvió en un magnífico Carnaval, con vistosas carrozas encarnando todas las incongruencias, con numerosas comparsas inspiradas en los conceptos más de moda en el siglo XIX, con nutridas estudiantinas desafinando canciones... Con destrozonas, con innumerables destrozonas, bullendo y gritando. Y todo esto, confuso, disperso y mezclado. A la deriva de las peores pasiones y más bajos deseos. ¿Y los capitanes de esta tropa en la calle—los de la calle siempre son los mismos—dónde estaban...? ¿Qué hacían mientras su ejército caminaba sin saber a dónde dirigirse?

Parece mentira, pero es cierto, que de aquel Pierrot melancólico y solitario que paseaba por Rosales ha nacido el Carnaval de este año, numeroso y arrollador con racimos de destrozonas a todo trapo. Claro está.

No podía ocurrir de otra forma con la política que se ha seguido, una política que sólo ha sabido fomentar en las masas lo que hay en ellas de peor, de primario, de salvaje, de grosero. Una política que sembró desde el primer momento pingajos y colorines.

Hay que desear una política contraria a la que nos trajo tan monstruoso Carnaval. Una política capaz de recoger de la calle a la pobre destrozona para limpiarla de sus sucios harapos y sus repugnantes chafarines. Una política capaz de transformar el monstruoso rostro de la máscara, en el rostro sincero del hombre. Capaz de inyectar en el hombre el ansia de superar su condición, en vez de rebajarla, como se hizo hasta el presente. Una política que enseñe que en trance de disfrazarse hay que escoger el disfraz más noble, más superior y más heroico... No como esta otra política que ensalzó el disfraz grosero y monstruoso, cobarde e inferior.

Contemplando ese río de Carnaval que dividió a Madrid en dos (siempre separatismo), se pudo comprender bien lo que es y lo que significa el sufragio universal. Era como una radiografía del cuerpo electoral que mostraba a los ojos que quisieran contemplarla, la repugnante verdad de las entrañas y los cánceres que la adornan... Bajo el negro dominó el blanco esqueleto con que se simboliza el Carnaval.

Y mientras, los capitanes de la tropa lanzada a la calle, los que repartieron al pueblo el disfraz de destrozona como su más apropiado y más humillante uniforme, lucían en tibios y adornados salones los otros disfraces que se reservaron para ellos, disfraces de caballeros, de duques, de marqueses, de reyes, de sabios... Hasta de humildes artesanos, que también es una forma de disfrazarse.

SAMUEL ROS.

El señorito Gil Robles está nervioso

Jóvenes de Acción popular: están ustedes perdidos. La cosa es clara: todos ustedes llevan cuello, corbata y gemelos en los puños; muchos van envueltos en trajes impecables; los marqueses y los condes no faltan entre ustedes. Ustedes son, pues, "señoritos". Ya, ya sabemos que muchos de ustedes trabajan y estudian; pero nosotros también trabajamos y estudiamos y, no obstante, se nos ha tildado de "señoritos" por una voz que tiene, para ustedes, la mayor autoridad. Y ahora viene lo grave: "los señoritos—ustedes y, por lo visto, nosotros—no podrán nunca hacer nada". Así lo ha dicho en el "Heraldo" el señor Gil Robles. Estamos perdidos.

¿Preguntan ustedes que por qué se le ha ocurrido al señor Gil Robles la inelegancia de ir a hacer demagogia en el "Heraldo"? Cosas de los nervios. Desde algún tiempo acá está bastante nervioso el señor Gil Robles. Es decir: el señorito Gil Robles, que él también lleva cuello, corbata, se trata con condes y marqueses y no profesa, que separamos, ningún noble oficio manual, como fuera el de picapedrero u oficial de pala. El señorito Gil Robles está nervioso con esto del fascismo, porque teme que le quite masas, que le retrase la carrera política e incluso que, acaso—desventura incomparable para el señorito Gil Robles—le impida algún día reposar las nalgas en el banco azul entre radicales moderados y agrarios conversos.

Primero se propuso asustar a las señoras devotas diciéndoles que el fascismo era anticatólico. La especie produjo algún revuelo. Pero quedó su defensor en ridículo tan pronto como le recordaron que no menos que el Papa—autoridad superior a la del señor Gil Robles en todo el orbe católico, salvo en las oficinas de Acción popular—había firmado con Mussolini un famoso Pacto y ennoblecía las organizaciones fascistas con la presencia de capellanes católicos. El argumento del

anticatólicismo quedó, así, un poquito chafado. Sin embargo, el señorito Gil Robles, por costumbre, lo vuelve a soltar en la entrevista del "Heraldo", que estas líneas comentan. Suponemos que la delicada conciencia religiosa de los lectores del "Heraldo" se habrá estremecido de escrúpulos al saber anticatólico al fascismo.

Pero, claro, no se le ocultaba al señorito Gil Robles que, para el "Heraldo", era necesario un plato más fuerte, y entonces salió aquello. Dijo que no creía en el fascismo. "Por lo menos—explicó—en el que quieren presentarnos ahora como fascismo. El fascismo, ni en España ni en ningún sitio, no pueden traerlo los señoritos; eso de ninguna manera lo conseguirán".

¡Los señoritos! ¿Nadie ha informado, por ejemplo, al señor Gil Robles, de lo que fué nuestro mitin en Carpio de Tajo el domingo último? ¡Hubiera visto allí una concurrencia de señoritos! Toda esa gente de pueblo, auténtica y tenaz, dura para el aplauso, que si acabó por aclamarnos con los brazos erguidos fué después de exigirnos cosas muy claras y muy sinceras sobre la España eterna—de la que no les hablan casi nunca—y sobre la justicia social. Señoritos de blusa y ropa de pana, que creen en nosotros porque saben que vamos allá, con corbatas y todo, a hacernos solidarios de sus destinos en una común empresa patria, no a pedirles los votos para las elecciones o a recoger datos de sus angustias para alinearlos en la frialdad de las estadísticas que fabrican los círculos de estudios.

La gente del pueblo tiene un instinto clarividente. Por eso a nosotros nos cree y nos respeta. Y en cambio reserva su odio antifascista—ya ve el señor Gil Robles lo que son las cosas—para las huesas de Acción popular. ¿No lee el señor Gil Robles "La Lucha", "La Tierra" y otras publicaciones por el estilo? Pues si

las lee verá como debajo de cada truculento epígrafe antifascista aparece una referencia a las actuaciones de Acción popular; casi nunca a las nuestras.

A nosotros se nos respeta, porque somos lo auténtico. Nosotros creemos un camino bueno para España y lo seguimos resueltamente, con el sacrificio y el peligro que proclaman nuestros cinco muertos. En cambio el señorito Gil Robles ve el fascismo como una moda, y mientras lo ataca en "El Debate" y en el "Heraldo", lanza por ahí, para aprovecharse de la moda, un simulacro de fascismo. La J.A.P., que va intentando ganar fervores juveniles con ciertas ambiguas invocaciones a la España grande y al Estado corporativo.

Pero inútilmente: ese fascismo fiambre, sin auténtico calor espiritual, no puede nutrir a nadie. Nadie cambia el plato caliente, con su verdadero sabor, por el mismo plato después de pasar una noche en la despensa. Así, mientras acu ten veintisiete muchachos de la J.A.P. cuando se les convoca para defender las máximas de "El Debate", nosotros movilizamos varios millares, a pesar de todos los peligros, en cuanto anunciamos el propósito de dar un mitin. Y es que, para honra de la Humanidad, los hombres se juegan la vida por estímulos espirituales, pero no han caído aún en la monstruosidad helada de arrostrar la muerte por la integridad de unas linotipias.

Calma, señor Gil Robles. Nos hacemos cargo de que tiene usted bastantes motivos de malhumor: la crisis se retrasa, a gente se le impacienta, la J.A.P. no logra suplantarlos... Todo eso es desagradable. Pero hay que dominar los nervios. O, por lo menos, no sacar a la calle el malhumor. Recuerde usted que unos llegarán a tener sitio en la Historia y otros no lo tendrán nunca, pero que, de todas maneras, los sitios en la Historia no se consiguen a codazos.

Los industriales y comerciantes que deseen anunciarse en nuestro semanario, pueden dirigirse a nuestras oficinas de Eduardo Dato, 10, 3.º, núm. 1.

Noticiero de España

Mal vemos a Barcelona

Mal vemos a Barcelona. Mal la ve toda España empezando por los catalanes, empezando por los barceloneses. De la monstruosidad superurbana, gran industrial y gran capitalista en que cifró su orgullo barcelonés la plutocracia del catalanismo, sin pensar en Cataluña, se pasa ahora a la monstruosidad destructiva, delincuente y siniestra, que hace de Barcelona un hórrido campo de lucha de clases y de bandidaje organizado. Para mejor garantizar esta lucha el orden público ha caído en manos de la Esquerza. Es el momento en que la lucha no va a continuar eternamente entre la plutocracia y la hez de Barcelona, sino entre Barcelona y Cataluña. La descomposición y la lucha intestina provocadas en Barcelona por la corrupción de los de arriba y la corrupción de los de abajo, no podrá ser sufrida a ciencia y paciencia por la magnífica Cataluña provincial y rural, orgullo de Europa, tierra romana e imperial como pocas de Europa. El haz de campesinos, de pequeños propietarios, de terratenientes, de artesanos de la provincia y el campo catalanes vendrá con el que estamos empezando a juntar en toda España.

Estas gentes claras, valientes, soleadas y laboriosas se sentirán por fuerza más unidas a las gentes nuestras de Trujillo o de Cáceres, de Carpio de Tajo o de Ejea de los Caballeros, que a los embaucadores del Estat y la Esquerza. Estarán con nosotros a decir "basta" a la comedia impúdica de Barcelona y de Madrid, que nos va a sumir en la ruina definitiva si no la truncamos.

Si mal vemos a Barcelona y a Madrid, bien vemos a Cataluña y bien vemos a España. Gentes de la tierra y del oficio, *massovers* y menestrales, aportarán a la falange nuestra, una faceta de romanidad, que nos es necesaria para que la piedra angular de las Españas vuelva a ser otra vez luminosa y perfecta. Aquí no somos españolistas de la ramplonería madrileña, como un Natalio Rivas o un albista de cualquier secano. Queremos que ese mal españolismo de percalina y de sollozo de teatro sea definitivamente raído del suelo de España y de los tinglados retóricos de Madrid, levantando sobre sus astillas una España mediterránea y atlántica, castellana, gallega y andaluza, vasca y catalana.

La política de Madrid y la política de Barcelona nos estorban para todo esto. Queremos la política de las tierras juntas de España puestas cara al sol y cara al mundo.

Debemos vivir en una ofensiva permanente. La política de un movimiento constantemente ofensivo, por principio esencial, sólo tiene una alternativa: perecer o suprimir todos los demás partidos, que será lo más razonable, porque ellos no estarán siempre prontos para el ataque y la defensa. Y nosotros sí.

Encantadora excursión a LOURDES y

OBERAMMERGAU

Año jubilar de 1934

Representación del drama de la Pasión

¡Único en el mundo!

Se visitarán además Ginebra, Lyon, Munich, Milán, Niza y otros lugares de interés religioso y turístico

Del 2 al 18 de junio de 1934

Detalles en el

INSTITUTO ESPAÑOL DE TURISMO

Madrid

Avenida de Eduardo Dato, 11

Teléfono 12127

AL SERVICIO DEL ORDEN JURÍDICO



Diputado de ideas sanas y moderadas disponiéndose a cerrar el paso a la revolución

Largo Caballero y la revolución

El dimitido de estuquista y aficionado a Lenin, Largo Caballero, que ha vuelto de Barcelona fracasado en sus gestiones de unión con sus similares catalanes, gentes que no renuncian al posibilismo de establecer por su cuenta el negocio tímidamente marxista, ha hecho unas declaraciones que al margen del hondo drama español tienen una insobornable comicidad cuya tentación no de comentario sino de simple reproducción es difícil vencer.

Las primeras manifestaciones de tipo cutáneo son ya un agnó contumaz: eso de que no hay más salida que la de una dictadura burguesa o una dictadura del proletariado, entendiéndolo en un raptó optimista, que el proletariado anda con él.

Pero las otras manifestaciones son las que después de unos aparatosos titulares de "El Socialista", son todo un programa de sugestión irremediable. "El Partido Socialista y la U. G. T.—dice el órgano de la empresa socializante—tienen en Cataluña mucho más ambiente que nunca."

O sea, que la situación no puede ser más clara. Y si no vean ahora las declaraciones de Largo, del más típico estilo bárrico:

—¿Han tomado ustedes acuerdos concretos?

—Pretenden una soberanía absoluta y tal pretensión no puede prosperar.

—¿Pero conservan la autonomía regional que la informó?

—Sí... aunque las circunstancias y las razones de orden técnico son las que deciden el alcance de la orientación a seguir.

—Pero con relación al frente único de que ahora se habla, ¿qué posición adopta la Unión?

Y ante la pregunta concreta que podía hacer decir algo, la *cuasi* *entreviú* termina encantadoramente:

"Largo Caballero, sonriente, puso fin al diálogo diciendo:

—Señores tengo prisa por que es muy tarde."

¡Y tan tarde! Como que las aspiraciones del socialismo español son a las necesidades del país y a las reivindicaciones obreras como a la poesía contemporánea los versos de Grilo.

Sobre tanto engaño en inútil proyecto, sobre tanto desastre, la peor enemiga del socialismo español es su vejez pavorosa, su arterioesclerosis remozada de gritos, su descrédito universal refugiado en el retraso de una España que al fin se pone en pie sobre el enervamiento de un liberalismo transigente, fácilón y pecador.

¡No se hable más de crisis!

El español no concluye nunca de entender de política. Por mucho que hable en los cafés y procure enterarse de las intimidades de los jefes de partido, lo único que a lo sumo puede decir es algo parecido a esto: "Parece que Martínez Barrio tiene la partida perdida" o "Don Melquiades tiene ya el pastel en la boca" Pero ¿qué quiere decir todo esto? Durante mucho tiempo se habló de que la crisis no era de hombres sino de partidos o viceversa. El tópico rendía lo suficiente para estirarse durante el reposado y tranquilo consumo de un café.

Ahora el español se encuentra con que la palabra que más veces zumba al día en su oído es la de "crisis". "El señor Lerroux parece que se va". Esto quiere decir tanto como que el señor Lerroux ha venido. Siempre los mismos equívocos. Se anuncia una combinación con agrarios y populares. ¡Todo esto importa poco! Unos y otros vienen a continuar el mismo juego desmedulado que a espaldas de España, intenta la puñalada definitiva.

No se hable más de crisis. Derechas o izquierdas, tanto valen en el entendimiento de la política. Y por eso el español no concluye nunca de entender de política. ¿Qué mas da un gobierno Lerroux, o Melquiades, o Maura?

Noticiero del mundo

El magistrado Prince o el terrorismo defensivo de la política

La política francesa, sometida a la tensión del folletín, va proporcionando día a día el sobresalto de lo inesperado al volver de cada esquina. No se cerró el ciclo de sangre abierto por el pistoletazo de Stavisky en el chalet de Chamonix, con el rafagueo de las ametralladoras frente a los patrióticos manifestantes que pedían en las calles de París, a grito herido, el aniquilamiento de una política abastecida por el juego turbio de los partidos con todos sus flecos de concupiscencias. París hirvió entre luminarias de incendio y relámpagos de fognazos, Francia se levantaba con la conciencia alerta y el alma a punto de ser desbordada por la santa ira. Reventaba el clamor de los buenos franceses. Francia sacó fuerzas de flaqueza y armó un gobierno que garantizara, por lo menos transitoriamente, que la justicia había de cumplir con arreglo a sus normas indestructibles. El terror se había apoderado de la Francia oficial, la que bullía en torno de las Instituciones y se decía su salvaguardia, y veía que la Francia auténtica se alejaba como en un replegarse de aguas.

Se habló de fascismo. Los órganos del izquierdismo oficial, aburguesado y egoísta, echaron a vuelo las campanas. ¡El fascismo está a la vista! Rebotó el grito dentro de los ámbitos del Parlamento. Pero el Gobierno del señor Doumergue aplacó, de momento por lo menos, el alarido de Francia. El Parlamento francés vió claro que la única manera de no verse arrollado de modo inapelable era conceder la confianza al señor Doumergue en materia tan espinosa para Francia en los actuales momentos como es la de los presupuestos.

Pero el cadáver de Stavisky había enloquecido a la política francesa. La sangre pedía sangre. Y después de los choques en las calles, el misterio del folletín volvía a desplegar sus alas. Al magistrado Prince la emboscada preparada con todo el lujo de precauciones le hacía aparecer muerto junto a la vía del ferrocarril. El alarido de Francia ha vuelto a levantarse airado. ¡Esto no tiene arreglo! De la extrema derecha a la extrema izquierda, de "L'Action Française" a "L'Humanité", la acusación ha gritado con el dedo extendido: "¡Se trata de un crimen masónico y policiaeo!" Francia se encuentra presa entre las mallas de los partidos, que extiende ahora sobre el suelo francés las garras del terrorismo. ¡Sólo los muertos no hablan! El hijo del magistrado Prince ha declarado que su padre iba a hacer sensacionales declaraciones, pues poseía documentos que comprometían a una parte de los hombres que se agitaban en la política francesa. El magistrado Prince murió y su cartera de documentos ha aparecido vacía.

El folletín ha sido el clima propicio de la política demoliberal. Cuando la claridad no ha podido jugar su tanto con desenvoltura, la sangre ha venido a enturbiar lo inconfesable. Cuando un sistema tiene que vivir a costa de la san-

gre de los asesinatos o de los suicidios (?) es que sus días están contados. Francia, punto de partida del folletín, quiere revivir en la dureza de la vida las páginas de "El crimen del correo de Lyon" o de "El misterio del coche número trece". "Mal vemos a París", se decía en estas mismas columnas. Francia reacciona frente al juego político y al misterioso crimen "masónico y policiaeo". "Libertad, Igualdad y Fraternidad" en que se han parado.

El dedo rígido del magistrado Prince señala al Parlamento francés. Su dedo acusador se multiplica sobre las tierras de Francia, ganadas por el desmerezo de su hallazgo auténtico. ¡El fascismo a la vista! Quizá sea cierto para la mayor gloria de Francia.

Sandino, el caudillo romántico, ha muerto

Sandino ha caído. El caudillo romántico que encarnó hasta hace un año la sed de independencia de Nicaragua, después de un descanso, que no era tanto como el que parecía, ha sido atraído a una emboscada política para no levantarse más. El recuerdo le había grabado una medalla de perfecto guerrillero romántico. Los fusileros americanos dibujaron el círculo de fuego dentro del cual se movía con sus hombres: despeñados ante el viento tropical, los guerrilleros de Sandino hacían cada noche su regate a la muerte; sus aborascadas cabezas tan sólo decidían mantener el fusil al brazo por el hecho incompleto de mantenerlo. Por eso tuvo que pactar Sandino. Y por eso acabó de caer.

Sandino quería representar a la tierra, a la tierra de su Nicaragua. Lo mismo que en la de Pancho Villa, en su cabeza bullían entrecortados hervores sentimentales y razones que trepaban con un auténtico sabor de tierra. Pero la cabeza de Sandino no atinaba en ningún momento con el claro concepto de su Nicaragua. Si la razón estaba con él, queriendo librarse de las mallas que iban entretejiendo las estrellas de la Unión, no pudo, sin embargo, formular claramente su concepto de la Patria. Por eso, sin duda alguna, se condenó al fracaso pese a la decisión de sus guerrilleros.

La silueta romántica de Sandino queda flotando sobre la ensangrentada tierra americana. Una falta de entendimiento total de la vida y de la Patria le derribó por la barranca abajo de la muerte. Fueron infructuosos sus sacrificios y de su tributo a la muerte queda un recuerdo como de fuego de bengalas. Quizá le hubiera cantado, de haber vivido, su compatriota Rubén Darío, que gritó a la faz de Europa aquello de que cuando los Estados Unidos se estremecían recorría un temblor "las vértebras enormes de los Andes".

Sombreros Villar

Fábrica de sombreros

Mariana Pineda, 10 * Madrid

Del enemigo el consejo...

Comentando "El Socialista" los dolorosos acontecimientos austriacos, hace saber clara y autorizadamente que ni juzgan ni modifican la conducta del partido marxista español, que tiene su enemigo concreto en nuestra burguesía a la que darán por todos los medios posibles la batalla; aunque ésta sea tan cruel y costosa como la que acaba de enlutar las tierras que antes regaba tan sólo el Danubio y ahora también la sangre de sus propios hijos.

Bien. Por lo menos esa afirmación categórica destruirá la muelle esperanza de los que creían que una vez más podrían solucionar sus problemas mediante el esfuerzo de los demás y ahorrando el suyo. Sigue en pie con toda su inmensa gravedad el dilema nacional acogojante: o España o el marxismo.

Este planteamiento nítido, sin sombras ni medias tintas, no deja ni aun al más deseoso, el engañarse en la molicié de una leve perspectiva optimista. Lo que ha pasado en otros países, ha de pasar también en el nuestro, enrojeciéndose su suelo, porque así lo quieren unos cuantos dirigentes socialistas. Así habíamos tenido nosotros que plantear también el problema, en nuestra busca de un antídoto que fuera lo bastante potente, no sólo para librar al cuerpo nacional de su mal virulento, sino para devolverle a la vez con la salud, la lozana gallardía de los años mozos de esta Patria inmortal, que tantas veces ha encontrado en el frenesí de su lucha con la muerte, la alegre canción de su vida.

Conformes con "El Socialista". Cada uno tiene su combate que librar por la defensa de su propia existencia amenazada. A él nos aprestamos con el ardor de quienes tras haber permanecido largo tiempo privados de la luz, salen de repente a la caricia del sol castellano de primavera. Primero un poco deslumbados, incluso cegados por la fuerza de la belleza del sol de la verdad; pronto empieza sin embargo a dibujarse con precisa claridad el contorno general, luego se aprecian ya bien los detalles y más tarde ilumina perfectamente hasta los más escondidos ángulos, para que se pueda medir con mayor exactitud al enemigo, elegir las buenas posiciones para batirlo y tener los sentimientos generosos para perdonarlo, convenciéndole de su error tremendo de haberse querido colocar siempre de espaldas al sol de España.

No hemos de rehuir el combate, que somos caballeros de la Hispanidad y cruzados de Dios; pero tampoco lo hemos de aceptar en el terreno que nuestros adversarios quieren, que no somos viles asesinos a mansalva, ni pistoleros asalariados a tanto la muerte. Le libramos en el terreno y el día que nuestros jefes elijan, para mayor garantía de victoria, consiguiendo el máximo resultado con el menor daño posible para nuestros adversarios, siempre hermanos y más hermanos aún cuanto más lejos estén espiritualmente de nosotros.

Queremos vencer, tenemos que vencer, porque esa es nuestra fe y ese nuestro empeño. Tenemos que vencer porque luchamos por la verdad del ideal sacrosanto. Tenemos que vencer porque combatimos por España y contra españoles que han dejado de serlo, pero una vez conseguida la victoria, ni queremos ni podemos ensangrentarla inútilmente con la venganza en nuestros propios hermanos.

Necesitamos el máximo triunfo compatible con la menor pérdida material para los que hoy se llaman inconscientemente nuestros enemigos. No buscamos el aplastamiento, sino la conversión

sincera de los equivocados, empeñados en una lucha suicida por la torpe malicia de unos dirigentes sin conciencia, que cuando todo va bien, gozan con presunción de nuevos ricos de los peores vicios burgueses, pero en cuanto algo se tuerce corren a esconderse bajo un colchón o dentro de una tinaja, para ver el rumbo que toman los acontecimientos, siempre dispuestos a cruzar la frontera con rápido pánico, en busca de tierras más tranquilas donde a la par que se pone a salvo la pelleja, se pueda gozar animalmente de unos dineros deshonestamente ganados, con la sangre de ese mismo pueblo al que so capa de dirigirlo en sus reivindicaciones, esquilmán y engañan en provecho del propio peculio.

Son precisamente unos pocos—pocos, pero malos—, los que han hecho plataforma práctica de las ansias justísimas de mejoramiento social, de las lágrimas y las tristezas de muchas madres, de las miserias de muchos hombres, que no han podido llevar un pedazo de pan a sus hogares. Ellos, los que por medios tan reprochables como asquerosos, se han buscado un mejoramiento cierto y evidente que del estuco los ha llevado a un buen hotel particular de la Colonia Metropolitana; de vender el periódico en la calle, a ser propietario burgués y endominguado, mostrando su oronda humanidad bajo la librea de un traje señoril de etiqueta, desde el fondo de un magnífico automóvil con radio y todo, rodeado de policías para guardar sus preciosos kilos; los que han dejado la honrada portería de una casa de vecindad por una sospechosa concejalía, desde la cual se pueden adjudicar sin subasta ni concurso obras por muchos millones de pesetas...

Contra esos y sólo contra esos, los verdaderos explotadores de los obreros, los que hacen de la miseria de muchos manantial de su propia riqueza, contra esos queremos y tenemos que combatir nosotros... Si fueran caballeros les diríamos al recuerdo de don Carlos el Emperador... "Solos vosotros, mangantes, y nosotros, paladines, solos. Sin más armas que nuestras razones y vuestras falacias. Con vuestros puños y los nuestros vamos a dirimir la contienda, pero sin verter sangre de obreros españoles, que bastante han sufrido ya por vosotros. Solos vosotros y nosotros en el campo del honor nacional..."

Pero como no son caballeros e ignoran dónde está el campo del honor—ya que sobre él no caben contratos de construcciones ni especulación de terrenos—no podremos dirimir así la contienda y tendremos que hacer frente con todo dolor, pero con toda energía, a grupos de hermanos nuestros alevosamente engañados por esos embaucadores miedosos, que no concurrirán a la lucha cruenta, sino que huirán a tierra extranjera para digerir plácidamente el botín amasado con sangre de trabajador español.

Una vez corridos los dirigentes, poco tardará el obrero español en ponerse al cobijo y al amor del sol castellano de primavera, fuente de vida, noble fecundador de ideales, padre eterno de la raza inmortal, que ya tuvo una vez su máxima expresión de gloria bajo el yugo y el haz de flechas de Fernando e Isabel, y ahora volverá a resurgir por ley inmutable de destino histórico, bajo esos mismos emblemas llevados virilmente en alto, como signo redentor, por un puñado de bravos a los cuales en breve plazo se unirán sin excepción todos los buenos españoles, que en el dilema acogojante, elijan España como premisa eterna.

FALANGE

de Juntas de Ofensiva

Fernando Cienfuegos

EL 10 DE FEBRERO LO APUÑALARON A TRAICION TENIA LA CABEZA VENDADA COMO RESULTA DE LAS REFRIEGAS SOSTENIDAS PARA DEFENDER LA VENTA DE NUESTRO SEMANARIO. LAS CONTUSIONES NO APOCARON SU ESPIRITU Y, CON LA CABEZA VENDADA, VOLVIO A SALIR. ENTONCES FUE CUANDO, A TRAICION, LE DIERON UNA PUÑALADA.

ESTO OCURRIO EN GIJON, EL 10 DE FEBRERO. NUESTRO CAMARADA HA ESTADO MUY GRAVE. YA ESTA MEJOR. TUVO LA DECISION Y LA VOCACION DE MARTIR. LA PROVIDENCIA LE HA LIBRADO DE ALINEARSE EN EL CUADRO DE NUESTROS MUERTOS; PERO LE HA CONFERIDO EL HONOR DE FIGURAR AQUI, EN EL CUADRO DE NUESTROS MEJORES.

NUESTRA VOZ A LOS PUEBLOS

Falange Española ha ido a Carpio de Tajo. Su voz ha querido ser oída en los pueblos, junto a la tierra, donde el latido de España se siente más firme y cercano. ¿Y en dónde mejor, que junto a ese río imperial?

Los organizadores de nuestro movimiento en Carpio de Tajo han dado una magnífica prueba de entusiasmo y serenidad. Nuestra voz ha sido oída como la auténtica voz de España. Un bosque de brazos en alto saludó la llegada de los oradores. La presencia de dos falanges—una, de Madrid; otra, de Toledo—ayudó al claro desarrollo del acto.

Un pueblo auténtico, batido por todas las tormentas de las presentes horas españolas, escuchó la palabra de nuestros oradores, con el calor de quien comprende la altura de la misión que a todos nos toca dar cima.

FRANCISCO DE ASIS MEDINA

Francisco de Asís Medina dió comienzo al acto. Dijo que la mayor prueba de cariño que podía dar a los toledanos era aconsejarles que repudiasen toda política de partidos, para no ser más que trabajadores españoles. Y en vibrantes frases les hizo ver que con la nueva orien-

Carpio

tación que Falange Española dará al país lo llevará al mayor desenvolvimiento económico y con éste al mayor bienestar general.

JOSE MARIA ALFARO

¿Sabéis a lo que venimos? A contarnos la buena nueva de la reconquista de España. Porque España se había perdido; mejor dicho: la habíamos perdido todos los españoles.

Cuando los vientos de disolución soplaron sobre los resquebrajados restos del imperio, España perdió la fe en una tarea común. El mundo, en un viraje de la Historia, cambió su centro de gravedad. Los discípulos del enciclopedismo hicieron del hombre, de cada hombre, la norma del mundo. El derrotismo liberal hizo su aparición. Borrascas abajo del ombliguismo romántico: el ochocientos se metió en un callejón sin salida. Surgieron los partidos, escindiendo la vida nacional.

Las consecuencias de los partidos no han podido ser más desastrosas. Ha brotado el separatismo; algunas provincias han querido navegar solas, quebrantando el concepto perfecto de la unidad. De la lucha de partidos se desembocó en la guerra de clases: nada más estúpido e infructuoso que esta lucha que ha planteado el marxismo al dividir al mundo en dos grandes ejércitos destinados a aniquilarse mutuamente.

Por eso, Falange Española viene a predicar la revolución, la auténtica revolución, que embarque a todos los españoles en la fe en una tarea común. Y esto lo podéis comprender vosotros, mejor que nadie, que vivís junto a este sable imperial del Tajo, que corta estas tierras españolas.

¡Viva España!

EMILIO ALVARGONZALEZ

Esta organización, que tiene como base fundamental la disciplina, me ha dicho: "Tú, te encargas de la organiza-

ción en provincias." Obedeci, y como tal, voy a deciros dos palabras.

De toda España estoy recogiendo el vibrar. España entera se está levantando contra estos políticos, que no hacen más que derrumbarla. Todos los españoles quieren una nueva España, una España grande, una España trabajadora. Una España que esté en el plano a que tiene derecho.

Nosotros nos hemos propuesto ir a todos los pueblos para deciros: "Si queréis salvar a España, ¡adelante! Es ese el deber. Todos nos ayudaremos hasta conseguir que todos gritemos: ¡Viva España!"

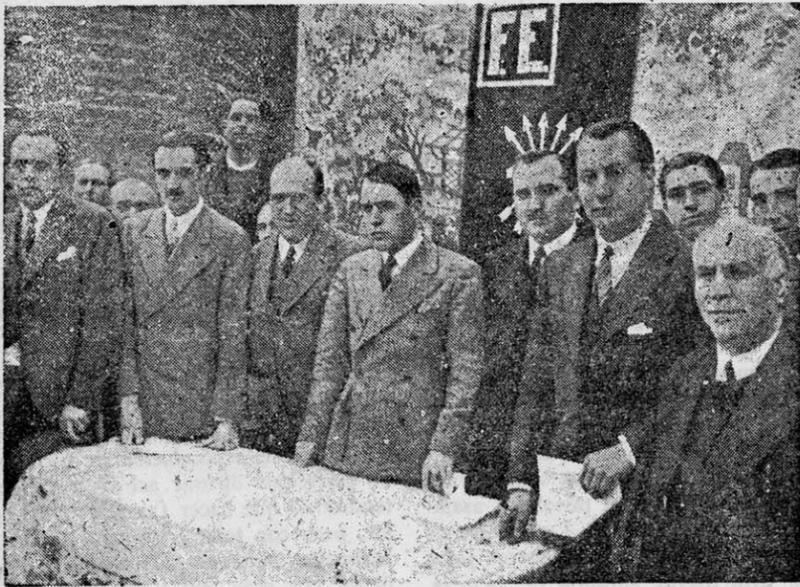
JULIO RUIZ DE ALDA

El señor Ruiz de Alda dijo que pensamiento y acción eran las palabras que constituían la norma de Falange Española. Indicó la ineficacia de los partidos políticos. "Vosotros—exclamó—no tenéis que ser más que dos cosas: españoles y labradores." Señaló la conducta que debían seguir en esos aspectos esenciales de su vida; procurando como hijos de un pueblo, espiritualmente unidos a él, que fuera bien regido, sin luchas aniquiladoras de los partidos políticos, por hombres honrados y capaces; y como labradores les señaló el único camino a seguir, que es el de agruparse en sindicatos que, en el Estado totalitario, son, y no los partidos políticos, los que intervienen en la gobernación del país.

Para lograr el triunfo, aconsejó acción continua y unión; y de este modo se logrará, por una revolución efectiva, el triunfo de la verdadera España, a la que terminó vitoreando.

JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA

Cuando veníamos aquí, por esas calles, hubo quien, sin duda con el propósito de molestarnos, nos dijo: "Salud y revolución" Pues bien, eso, lejos de molestarnos, es lo que queremos: salud para nosotros y para vosotros y para vuestros hi-



FALANGE ESPAÑOLA

de las J. O. N. S.

NO ES un movimiento de reacción disfrazado.
NO ES instrumento de nadie.

Inscribíos en Eduardo Dato, 10, 3.º, 1 - Apartado 546

ESPAÑOLA •

las Nacional Sindicalista

de Tajo

jos, y revolución, la profunda y verdadera revolución, no la revolución con cuya promesa os están engañando a vosotros, a vuestros padres y a vuestros abuelos desde hace más de un siglo.

Primero, un día, contaron a vuestros abuelos que unos señores se habían reunido en un salón y habían escrito unas cosas, por virtud de las cuales ya érais todos hombres libres. Libres y soberanos. Pero vuestra libertad consistía en que aquellas cosas escritas en un papel os autorizaban a hacerlo todo: os autorizaban, por ejemplo, a escribir cuanto os viniera en gana; sólo que el Estado no se preocupaba de enseñaros a escribir para que pudiérais ejercitar ese derecho. Os autorizaban, también a elegir libremente trabajo; pero como vosotros érais pobres y otros eran ricos, los ricos fijaban las condiciones del trabajo a su voluntad, y vosotros no teníais más remedio que aceptarlas o morir de hambre. Y así, mientras vosotros pasábais los rigores del frío y del calor doblados sobre una tierra que no iba a ser vuestra nunca, soportando la enfermedad, la miseria y la ignorancia, las leyes escritas por gentes de la ciudad os escarnecían con la burla de decirnos que érais libres y soberanos; todo porque cada dos o tres años os proporcionaban el juego de echar unos papelitos en unas cajas de cristal de las que habían de salir los nombres de los que luego se olvidarían de vosotros, de vuestra hambre y de vuestros trabajos, hasta las elecciones siguientes.

Como reacción contra aquella burla se os presentaron los segundos libertadores. Los primeros habían sido los liberales; estos de ahora eran los socialistas. Los socialistas os prometieron muchas cosas; y vosotros, convencidos, llenásteis hace tres años con nombres de socialistas las famosas cajas de cristal.

Ya véis lo que han hecho los socialistas. Una de las cosas que os prometieron fué la reforma agraria. Es muy duro

trabajar unas tierras que nunca pueden ser de uno. Los socialistas os iban a entregar las tierras. Las Cortes aprobaron una ley de reforma agraria que daba gusto ver.

Tres años han pasado y ¿en qué notáis que existe la reforma agraria? En cambio, si alguno de vosotros va a Madrid yo le enseñaré los efectos de la reforma agraria. Le enseñaré el Instituto de Reforma Agraria: verá qué escaleras y qué alfombras y qué automóviles a la puerta y cuánta gente con enchufes magníficos. Ahora, que ni las escaleras, ni las alfombras, ni los automóviles, ni las prebendas de los enchufados sirven para que la tierra produzca más ni para que vosotros tengáis menos hambre.

Después de la primera y de la segunda liberación seguís siendo tan esclavos de la tierra, del jornal, del Banco que os aprisiona con sus anticipos a interés usurario, como antes de que llegaran los libertadores. Seguís igualmente necesitados de revolución. Por eso, cuando nos dicen: "Salud y revolución", contestamos en la misma forma: "Salud de cuerpo y alma y revolución que os haga felices y dignos en esta tierra donde pasan vuestras vidas. Y esto no lo lograréis vosotros ni lo lograremos nosotros mientras estemos divididos. Porque lo peor de las anteriores revoluciones estaba en que comenzaban por dividirnos: la revolución liberal nos dividía en partidos políticos, nos exasperaba a unos contra otros en la necesidad de disputarnos los sufragios; la revolución socialista nos dividía por clases, una contra otra, en inacabable lucha. Y así no se llega a ninguna parte: un pueblo es como un gran barco, donde todos naufragan o todos arriban. Los países donde los obreros han logrado las mayores ventajas y el trato más digno son aquellos en que no han impuesto una dictadura de clase, sino en que, sobre todas las clases, se ha organizado un Estado al servicio de la

misión total, suprema, integradora, de la Patria.

La revolución hemos de hacerla todos juntos, y así nos traerá la libertad de todos, no la de la clase o la del partido triunfante; nos hará libres a todos al hacer libre y grande y fuerte a España. Nos hará hermanos al repartir entre todo las prosperidades y las adversidades. porque no estaremos unidos en la misma hermandad mientras unos cuantos tengan el privilegio de poder desentenderse de los padecimientos de los otros.

Así, unidos en la misma empresa, en el mismo esfuerzo, reharemos a España. ¿Cuánto tiempo hace que no os hablan de España? Los socialistas han querido extirpar en vosotros lo espiritual: os han dicho que en la vida de los pueblos sólo influye lo económico. ¡No lo creáis! No hemos venido al mundo para comer y trabajar sólo, como los animales. Por eso, en nuestro emblema, junto al yugo de la labor están las flechas del poderío. Tenemos que esperar en una España que otra vez impere. Ya no hay tierras que conquistar, pero si hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu. Pensad que esta tierra de Toledo asentó en otros días la capital del mundo; que desde aquí desde esta Castilla que nunca ha visto el mar, se trazaban las rutas del Océano y

se promulgaban leyes para Continentes lejanos. Y precisamente cuando eso ocurría, cuando toda España era un solo anhelo en aquella empresa universal, vivían los españoles mejor y eran más libres y más felices.

Por una España así, libre y fuerte, por una España que haya encontrado la justicia social, vamos predicando por los campos. De muchos sitios nos atacan: cinco de los nuestros han caído muertos a traición; acaso nos aguarda ya, algunos la misma suerte. ¡No importa! La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande. Si morimos y nos sepultan en esta tierra madre de España, ya queda en vosotros la semilla; y pronto nuestros huesos reseco se sacudirán de alegría, y harán nacer flores sobre nuestras tumbas, cuando el paso resuelto de nuestras falanges nutridas nos traiga el buen anuncio de que otra vez tenemos a España.

DESPEDIDA

La salida de Carpio de Tajo fué rubricada por el entusiasmo del pueblo entero. A lo largo de la carretera, el saludo romano marcó la profundidad de nuestras palabras.

¡Arriba España!



Procuradle lectores, suscriptores, anunciantes.

F. E.

Compradla los jueves

Dirigid la correspondencia al

Apartado número 546. - MADRID

Lecturas propias

Fragmento sobre El Príncipe

Dedico este fragmento a Jacinto Miquelarena.

R. S. M.

“En los grandes maestros (de la política)—escribía Francesco Guicciardini—son capaces de parir grandes cosas la paciencia y el ímpetu: porque el uno opera chocando con los hombres y forzando las cosas y la otra estragándolas y venciendo con el tiempo y con la ocasión; pero en aquello que lo un perjudica lo otro favorece” “y quien pudiese—añade—conjurar y usar ambos extremos a su tiempo sería divino. Mas como esto es casi imposible creo que omnibus computatis sirvan para conducir a cosas mayores la paciencia y la moderación que la precipitación y el ímpetu” (1).

Sin duda “sería divino”, como dice messer Francesco, unir los dos extremos de virtud en el gobernante. No es otra tesis de Platon en su diálogo del “Político”, donde, como en todo lo de Platon, se va buscando la posibilidad del arquetipo o si queréis “aquello que sería divino” Al final del coloquio platónico dice el Forastero Eleata a Sócrates el Joven

“Esta, en realidad, afirmamos ser la conclusión de toda la tela de la obra política, la contextura regularmente tejida con la índole de los valerosos y la índole de los prudentes” (2).

Esta contextura, esta conjugación de paciencia y de ímpetu, de prudencia y de gallardía, parece, a través de los siglos, como el más perfecto ideal de método político. Es el ápice de la parábola. Por necesidad las “Edades del Príncipe” han de correr entre sus extremos y así será necesario buscar la juventud en el máximo ímpetu, la vejez en la máxima paciencia y la plena y armoniosa virilidad en el equilibrio de ambas facultades.

Al decidirse por una de las dos no pensaba como Francesco Guicciardini, su amigo de verdad Maquiavelo. “Yo juzgo bien esto—escribe—al decir que sea mejor ser impetuoso que prudente porque la fortuna es mujer y es necesario, queriéndola tener debajo, violentarla y sujetarla porque se ve que ella se deja vencer mejor de los que así proceden que de aquellos que frigidamente la tratan, ya que siempre, como mujer, es amiga de jóvenes, porque son menos respetuosos, más feroces y con mayor audacia la mandan” (3). La suerte del Príncipe de Maquiavelo está echada en esas pocas líneas. La fresca condición de su edad está aquí decidida para siempre contra todas las apariencias y todas las interpretaciones. Acaso no podré convencer a nadie, pero tampoco nadie me podrá convencer a mí de que la política del Príncipe, con todas sus inmoralidades y defectos, y aún diré que por todas sus inmoralidades y defectos, no sea la política fresca y encendida, violenta, impaciente, aguda, velocísima, loca y desesperada de una prodigiosa juventud.

Mal debían de conocer los humores de

la lengua toscana, la historia de Florencia y la pulsación de un estilo aquellos que crearon la falsa figura de un Maquiavelo viejo, caviloso, glacial en sus intrigas, encerrado en su gabinete, gastando en aceite para la lámpara lo que sabía tan bien gastar en jarros de vino. Hasta han hecho de él un humanista recortado del Renacimiento, un hombre de ciencia, de erudición y de paciencia y casi, si queréis, un pedante, cuando ya Giacomo Leopardi, que sabía calar estas distinciones, había anotado en su *Zibaldone* que Maquiavelo “no sabía el griego, poco o nada de latín y era poco letrado” (4); y mucho antes Campanella le acusaba repetidamente de su falta de ciencia, de su falta de exacta información, como bien convencido de que Maquiavelo “*omium scientiarum—dice—fuisse ignorantissimus excepta historia humana: et politicam suam per scientias sed per astutiam et peritiam practicam examinasse*” (5). Lo que sabía Maquiavelo con felicidad increíble asombrosa era la rica lengua natal y la historia viva y rediviva. Las sabía con un conocimiento juvenil y poético, con una casi infusa clarividencia, con un sentido ebrio de cosas naturales y fabulosas, pero sin perder los estribos. Las sabía *par coeur*, como cuando *par coeur* quiso decir: “saber por corazón”, por sabiduría del corazón, que dice la Escritura (6); y así en sus *Historias Florentinas* y en todos sus escritos históricos es apasionado y cuerdo a la vez, propicio a las leyendas, y lleno de todas las mentiras que servían a su verdad. Maquiavelo era para Macaulay “un enigma, un conglomerado extravagante de cualidades discordes, de egoísmo y generosidad, de crueldad y benevolencia, de astucia e ingenuidad, de abyección cruda y novelesco heroísmo” (7).

Juventud, juventud se llama la solución de semejante enigma, que Macaulay no quiere entender; juventud eterna y eterna imperfección de Florencia, fértil en ardores y en ardidés, que hasta la hora de la muerte mantuvo en el corazón de Maquiavelo todas esas contradicciones, que sólo en sutileza y fuego juveniles podían disculparse y conciliarse. Se ha dicho que el pecado de Maquiavelo fué la inteligencia. Y yo digo que su pecado fué el amor a la Patria, igual que un amor prohibido de mujer, igual que un indecible, desesperado amor de los veinte años, con todas las audacias, con todas las estratagemas, con todas las vilezas y gentilezas, con todas las locas generosidades de que haría capaces un tal amor. “Porque aquí—escribe quince días antes de morir a Francisco Vettori—hace falta no claudicar y hacer las cosas a la loca porque a menudo la desesperación encuentra remedios que la

(4) Pens VII-310.

(5) *Atheismus Triumphatus seu reductio ad religionem per scientiarum veritate*, F. Thomae Campanellae Styleusis Ordinis Praedicatorum, contra Antichristianismum Achitofelliticum. Romae, apud haerentem Bartholomei Zannetti. M D C. XXI. Cap. XVIII, pág. 162.

(6) Exodo-36-1 y 2.

(7) Macaulay-Machiavelli en *Critical and Historical Essays*. Vol. I. Tauchnitz. 180, página 64.

elección no sabe. Yo amo a Messer Francesco Guicciardini, amo la Patria mía más que a mi alma y os digo esto por aquella experiencia que me han dado ya sesenta años” (8).

Creo que en este amor por la Patria, al cual hasta la hora de la muerte sirvió con cuerpo enjuto y vigoroso y con alacre e inflamado espíritu, él se soñaba príncipe a sí mismo, bajo vestiduras y máscaras de otros, príncipe nacido del pueblo, de la gleba republicana y popular, ascendido a los fastos de su triunfo por el heroísmo y la astucia, por la ferocidad y la largueza, como aquél que fué en realidad, aún mucho más que César Borgia, su príncipe ideal adorado, Castruccio Castracani degli Alteminelli. Y el triunfo de Castruccio, la gloria del Príncipe joven, del príncipe nuevo, la que conmoviera hasta las lágrimas a su panegirista, no era una parodia decadente de los triunfos romanos entre los pretorianos vestidos de seda y los arcos dorados y los balcones guarnecidos de la ciudad, sino el paso abierto, con el hierro después de la victoria de Altopascio, por aquellos caminos de aldea, polvorientos como los de la Argólida, que van de la Valdinevole a Luca: el paso entre castillos de las alturas, iluminados con pirlas de resina en la noche de júbilo guerrero; el paso entre las colinas alegres de hogueras de pastores, con el fresco botín de guerra traído entre los gritos, las teas, las antorchas, las armas y los aperos de labor de un tropel furioso y entrañable de soldados y de campesinos.

Así debió volver un día Castruccio, despeinado por el viento de la victoria, en una especie de noche sanjuanica, con un trébol de cuatro hojas, verde flor de fortuna, estrujada en el guante de hierro. Venía por donde siglos antes, Catilina, quiso abrirse camino con el hierro en la mano también—“ferro iter apertum est” (9)—y donde había un memorable antecedente del espíritu de conjura y de heroísmo que anima la obra entera de Maquiavelo. Rara vez se supo morir como en aquella batalla de Pistoia, asombro de Federico el Grande y Bonaparte. Los conjurados de Catilina murieron como el tercio de Rocroy—“Contad los muertos”—y sólo consintieron ser vencidos dejando al enemigo una victoria horrenda por lo ensangrentada y dolorosa. La intrepidez fué la sola trinchera: “audacia pro muro habetur” (10) dijo el capitán.

Este es el estilo que Maquiavelo eligió para su príncipe. Conjura y heroísmo, que son cosas propias de jóvenes y no de viejos, porque como observaba justamente el gran historiador alemán Enrique Treitschke al hablar de la época del Risorgimento “mientras tan preciosas fuerzas juveniles venían derrochadas en las artes de la conjura, las mentes más moderadas se deshacían en estériles lamentaciones sentimentales sobre la vergüenza de la propia patria” (11). En este gusto por la conjura, por la conspiración, por el fraude, por la intriga han debido tomar fundamento las objeciones que podrían hacerse a la juventud galopante del Príncipe y las suposiciones erróneas que han venido a hacer de Maquiavelo una especie de ministro ideal precisamente de aquel tipo de príncipe que él detestaba, o sea aquel “a quien bastase saber en los escritos pensar una cauta respuesta, escribir una linda carta, mostrar en los dichos y pa-

(8) Lettre Familiari. 16 abril-1527.

(9) Sallustio. *Conjuratio Catilinarum*. LVIII.

(10) *Ibidem*.

(11) Enrique Von Freitzchke. *Cavocer*. Cap. I.

bras argucia y prontitud; saber tejer un engaño, ornarse de gemas y de oro.”

Ni lascivia, ni gemas, ni oro, ni fraudes vividos en el gabinete.

El Príncipe de Maquiavelo es un espartano. Tiene, como Enrique de Navarra, pocas camisas, pocos pañuelos, un calzón de ante remendado. No va con milicias compradas. No cree que en la guerra sea todo dinero, dinero y dinero, sino los soldados de la patria, con ánimo heroico por la patria, campesinos y gentileshombres aldeanos, mejor que mejor. Sin duda, la simulación, la conjura pueden ser necesarias a este Príncipe nos dice Maquiavelo. Pero ¿hasta qué punto—me pregunto—estas cosas no son propias de la juventud, y bien unidas con la audacia y la inmoralidad juveniles? He aludido antes al ejemplo de un enamorado. Voy a proponeros otro ejemplo, que os parecerá en esta cátedra demasiado profano, pero que para mí expresa con suma claridad el carácter de la política de Maquiavelo y aún de toda la política florentina. Imaginad el juego del “foot-ball”. Es un juego de juventud exclusivamente, y es un juego a la vez violento, sutil y velocísimo, cauteloso, erizado de combinaciones y de precisiones y al mismo tiempo arrollador. Se va montando, en una mezcla de audacia y de prudencia, la combinación, la burla, el engaño del contrario. Se dribla constantemente... Cuando la intriga de los países parece más estudiada y elegante hay algo que dispara, como balles-ta rápida y sonora y es que una violencia de cien mil diablos, fulminante ha chutado el goal de la victoria. Bien sé que no podrá extrañaros si en el “foot-ball” yo quiero hallar una imagen exacta del humor político florentino, porque el “foot-ball”, como sabéis, es un juego de la alegre Florencia, siglos antes de ser un juego de la alegre Inglaterra. En el Palacio de la Señoría hay una pintura al fresco, cerca del fresco grande del asedio de los españoles, que representa el juego del “foot-ball”, o si queréis del balón, del *pallone* o *della volata*, que dieciséis contra dieciséis jugaban todos los domingos en “Piazza Santa Croce”, y que Maquiavelo jugó quizás en juventud, porque si el estilo es en él, como en pocos, así el hombre Maquiavelo tenía en la prosa y en la figura el estilo de un asombroso delantero. Pero ya que en aula tan ilustre yo me permito consideraciones que pueden parecer improvisadas y banales, quiero ampararme con el nombre de un archiacadémico escritor italiano, Trajano Boccalino, contemporáneo de Miguel de Cervantes, que en sus *Ragguagli di Parnaso* (1612), ha comparado el espíritu político de los florentinos con este antiguo juego del “foot-ball”, del *pallone*, *della volata* o del calcio, que tenía un poco del “rugby”, porque según relata este autor se cogía la pelota con las manos. Era un juego muy semejante al de la política, en el que señoreando con audacia, agudeza y velocidad la tierra y conduciendo la pelota del propio destino, un buen jugador podía asemejarse a los dioses como los aurigas de Horacio (12). Y lo mismo que el juego del balón, este juego de la política exigía una juventud de centauro, un príncipe alumno del Centauro, que educó la infancia de Aquiles en la gracia y en la destreza, pero también en el furor divino:

Tú por la Grecia, prócer, ensangrienta tus manos. Vuelca aquí tú el ardor de las iras magnánimas.

Así se educa el Príncipe de Maquiavelo.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

(12) Horacio.-Odas. Libro I-L.

(1) Ricordi.—Núm. 281.

(2) Político.—XLVIII.

(3) “El Príncipe”, cap. XXV

Economía y Trabajo

ECONOMIA LIBERAL

La economía liberal ha producido más estragos en España que si la nación hubiese participado en la conflagración mundial. Los resultados del último bienio, de predominio marxista, no han podido ser más nefastos para la historia económica de un pueblo. Los grandes capitalistas, agrupados en trust, sociedades anónimas, cartels, etc., en contubernio con los políticos sin dignidad y patriotismo, han sido los demolidores del último vestigio económico de la nación. La clase media, verdadera productora de la economía nacional, ha sufrido tan rudo golpe con los últimos gobiernos democráticos, que hoy se puede afirmar, sin eufemismo alguno, que no existe.

Por esto es verdaderamente repugnante que un periódico de la capital de España, que se dice defensor de los intereses de la nación, cuando en realidad es defensor de una masa de capitalistas y separatistas catalanes que desean la disgregación y ruina de España, con beneficio de su interés regional, haya lanzado hace poco tiempo acerbas diatribas contra la economía del régimen fascista en Italia, diciendo que el proceso de economía dirigida, que tan óptimos resultados está dando en el citado país, conducirá a la inflación y a la ruina.

La economía dirigida fascista, de la forma que se está desarrollando en Italia y Alemania, además de dar unos resultados espléndidos, permite al Estado fascista controlar todas las actividades económicas de la nación, no consintiendo que por un egoísmo o especulación de una masa de capitalistas, se ejecuten negocios ilícitos, que además de perjudicar a la economía de la nación, oprime y coacciona al obrero. Además, encauza y dirige aquellas actividades que son en beneficio directo para el pueblo. Crea industrias de artículos que antes había que ser tributarios del extranjero e intensifica la producción agrícola para cubrir las necesidades del país y crear aquellas industrias derivadas que tantos beneficios reporta.

Este año pasado ha sido el primero en la era fascista que Italia no ha tenido que importar trigo extranjero, y si se tiene en consideración que su superficie territorial es casi la mitad de España y que su densidad de población excede de los 42 millones de habitantes, veremos que la victoria obtenida, ha sido realmente fabulosa.

¿Cómo se consigue esto? Haciendo que miles de patriotas, sabiamente dirigidos y remunerados, empezaran con un ardor jamás visto, la desecación y cultivo del Agro Pontino, terreno inmenso cercano a Roma que tiene 45 kilómetros de largo por 10 a 18 kms. de ancho y con una superficie de 750 kilómetros cuadrados, que desde hacía siglos estaba convertido en una llanura cenagosa que proveía de paludismo a Roma, haciéndola enfermiza durante los meses de primavera y verano. Terrenos que ningún gobernante de la época antigua y moderna pudo arreglar, pese a las continuas tentativas que se hicieron desde el tiempo de Apio Claudio (312 años ante de Jesucristo) hasta nuestros días.

Se trabajaba con ímpetu, sabiendo el obrero que el trabajo que se hacía era pa-

ra el engrandecimiento de Italia, para el engrandecimiento de la patria que el régimen fascista quería conseguir como suprema aspiración de su existencia. ¡Y lo consiguió! Surgió el primer pueblo: LIC-TORIA. Nombre evocativo que recordaba a los lictores romanos, llevando el haz de varas de cuyo centro salía el hacha, que simbolizaban la fuerza y la justicia. Y fué el Duce, que en vez de lanzar un discurso amanerado y lamioso de varias horas, como los políticos caracterizados, cogió el biello y se puso a levantar los haces de trigo con los campesinos, como suprema canción de gracias al trabajo. Y surgieron fábricas de tractores, arados y demás maquinaria agrícola tan necesaria para intensificar esta riqueza. Y se instalaron 30.000 familias en el nuevo poblado campesino a trabajar con fe y con entusiasmo para el porvenir de aquel nuevo pueblo.

Y a pesar de todos estos avances hay periódicos sectarios, que malversando la realidad, asegura que uno de los aspectos sintomáticos de la depresión económica de Italia es la enorme deuda flotante que ha contraído con los capitales de la nación, y me pregunto: ¿Pero es que un país que lleva catorce años de una reconstrucción intensísima, no necesita de capitales para esa obra?

¿Es que hay o ha habido algún país en el mundo que en tan corto tiempo haya podido hacer la reconstrucción de un país sin contar con la ayuda de los capitales de sus conciudadanos? Precisamente ésta es una de las fases más características de la economía dirigida, pues mientras en la democracia liberal existen capitales improductivos en poder de los particulares o con un módico interés en los Bancos, para proteger negocios en algunos casos inconfesables, el estado fascista impone como norma principal y fundamentalísima la desteurización, empleando el capital improductivo, dentro de las mayores garantías para su propietario, en industrias para beneficiar a la nación y por esa causa la deuda del Estado se eleva. Pero no creáis que esa deuda tomará proporciones astronómicas al correr los años, sino al contrario. Cuando el país esté totalmente reconstruido, saturado de fábricas y talleres y la explotación agrícola sea perfecta, el poder contributivo y fiscal alcanzará proporciones fantásticas y los beneficios que produzcan las innumerables mejoras efectuadas, será más que suficiente para que esa deuda flotante vaya decreciendo paulatinamente hasta su cancelación y para que el Estado fascista diga: Ved mi obra, cogí un pueblo deshecho, lastimado y lleno de lacras y ahí lo tenéis fuerte, prepotente y con una economía que es la envidia del mundo.

Crema Dragón para el calzado

Envasada en tubos. Lo mejor para el calzado. No quema ni agrieta el calzado; no mancha las manos; no se seca, como las cremas de caja, conservándose siempre en el mismo estado; da más brillo; impermeabiliza y conserva el calzado mejor que cualquiera otra marca. Debe usted salir de la rutina de las cajas y probar, fijándose en cuanto decimos, y se convencerá; es lo mejor que se fabrica en cremas para el calzado. Se vende en tubos de 0,30, 0,60 y una peseta. Venta, en droguerías y zapaterías.



La revolución nacional

Necesitamos como nadie ir del brazo de voces y consignas combativas. Nuestro movimiento desborda las posiciones desde las que siempre se han hecho, o se han intentado hacer, gestos patrióticos. El primer hallazgo nuestro es la necesidad de que todo cuanto aluda y se relacione con la tarea nacional, todos los propósitos de contribuir a la grandeza y dignidad de la Patria, adquieran carácter y categoría revolucionaria.

Pues hay que ser revolucionarios para reconquistar la unidad nacional, hoy deshecha por imperativo mismo de la organización vigente, que es una invitación para los afanes disgregadores.

Hay que ser revolucionarios para subvertir la prepotencia social adquirida por el marxismo, nacionalizando sus organizaciones sindicales e incorporando las masas obreras a la dignidad de edificadoras directas del Estado.

Hay que ser revolucionarios para adquirir calidades de compromiso diario con el deber violento. Pues las grandes empresas—y ninguna para nosotros más superior a la de construir o reconstruir nuestra propia Patria—se nutren necesariamente de lucha y tenacidad. La lucha y la tenacidad son atributos revolucionarios.

Tiene asimismo nuestra revolución nacional que salvar la economía de las grandes masas, desilusionadas de los remedios rojos, y hoy en espera de que nosotros, precisamente nosotros, les descubramos un norte social nuevo.

La revolución nacional es la tarea que correspondé realizar a las juventudes ex-

trañas a la lucha de clases, es decir, los hijos de los burgueses y a los obreros jóvenes, para no dar la razón histórica a los rojos de "la dictadura proletaria", que los presentan como degenerados, ineptos e inservibles y realizarla con una subversión radical de las antiguas normas, aunque las defiendan con sentido conservador, liberal y pacífico sus propios padres, los burgueses. En una línea revolucionaria así es posible la colaboración en el plano heroico con grupos procedentes de todas las clases para culminar en unos mismos propósitos de ejecución victoriosa.

¡Esa es la revolución—la revolución nacional—que alentamos, preparamos queremos.

Los negocios particulares de los políticos son corados siempre a las gentes que mejor pueden desarrollarlos y que más utilidad pueden producirles.

Esos mismos políticos, casi siempre, confían los negocios de la nación a sus amigos y contertulios, sin averiguar su capacidad ni su experiencia.

¡Los negocios de la nación no tienen importancia!

Reservado

para
la
casa

"G A R O"

Peligros, 2
MADRID

Vida fascista

Un discurso de Mussolini ante el Consejo Nacional de las Corporaciones

El aplauso con que ayer tarde acogisteis la lectura de mi declaración, hizo que me preguntara esta mañana si era preciso pronunciar un discurso para ilustrar un documento que ha llegado directamente a vuestra inteligencia, que ha interpretado vuestras convicciones alcanzando vuestra sensibilidad revolucionaria.

Sin embargo, puede interesaros saber a través de qué orden de meditaciones y de pensamientos se ha forjado mi declaración de ayer.

Pero primero debo elogiar esta Asamblea y expresar mi agrado por la forma como se han desenvuelto sus sesiones; porque sólo los obtusos pueden extrañarse de que hayan habido divergencias, pues esto era inevitable, mejor dicho, necesario. Armonía es armonía: la cacofonía es otra cosa. Por otro lado, discutiéndose un problema tan delicado como el actual, era perfectamente lógico e inevitable que cada uno aportase a la discusión no solamente su preparación doctrinal y su estado de ánimo, sino su propio temperamento personal. El más abstracto de los filósofos, el más trascendente de los metafísicos, no pueden nunca prescindir de todo lo que constituye su temperamento personal.

Crisis del sistema

Recordad que el 16 de octubre del año X, ante los millares de Jerarcas llegados a Roma con motivo del Decenal en la Plaza Venecia, yo pregunté: "Esta crisis que persiste desde hace cuatro años—hace un mes que hemos entrado en el quinto—¿es una crisis en el sistema o del sistema?" Pregunta grave a la que no se puede responder inmediatamente. Para contestarla, importa reflexionar largamente y documentarse. Hoy contesto: La crisis ha penetrado tan profundamente en el sistema, que se ha convertido en una crisis del sistema. Ya no es un trauma, sino una enfermedad constitucional. Hoy podemos afirmar que el modo de producción capitalístico ha sido superado y con ello la teoría del liberalismo económico, que lo ha ilustrado y elogiado.

Quiero trazaros a grandes rasgos la historia del capitalismo en el pasado siglo, que puede definirse como el siglo del capitalismo.

Pero ¿qué es el capitalismo? No debe confundirse el capitalismo con la burguesía. La burguesía es otra cosa. La burguesía es algo así como un modo de ser, con cualidades grandes o pequeñas, heróicas o filisteas. El capitalismo, contrariamente, es un modo de producción específico, es un modo de producción industrial. En su más perfecta expresión, el capitalismo, es un modo de producción de masa, para un consumo de masa, financiado en masa a través de la emisión de capital anónimo, nacional e internacional. El capitalismo es, pues, esencialmente industrial, porque en el campo agrícola no ha tenido manifestaciones relevantes.

Dinámica, estática y decadencia :: :: del capitalismo :: ::

Distingo en la historia del capitalismo tres períodos: el dinámico, el estático y el de la decadencia.

El período dinámico se desarrolla del 1830 al 1870. Coincide con la introducción del telar mecánico y con la aparición de la locomotora. Surge la fábrica. La fábrica es la típica manifestación del capitalismo industrial; es la época de los grandes beneficios, y, por lo tanto, la libre competencia y la lucha de todos contra todos pueden exteriorizarse sin limitaciones.

Hay heridos y muertos, que luego se llevará a la Cruz Roja. También, en este período, se presentan crisis, pero son crisis cíclicas, transitorias, sin carácter universal. El capitalismo tiene todavía tal fuerza y tal vitalidad que supera brillantemente las crisis. Es la época en la que Luis Felipe gritaba: "¡Enriquecéos!" La urbanización se desarrolla. Berlín, con 100.000 habitantes, al comienzo del siglo, alcanza el millón. París, con 560.000 habitantes en la época de la revolución francesa, se aproxima también al millón. Y lo mismo puede decirse de Londres y de las ciudades del otro lado del Atlántico.

La selección, en este primer período de vida del capitalismo, actúa fuertemente. Surgen guerras, que no pueden compararse a la mundial que hemos vivido. Son guerras breves. La italiana del 1848-49 dura cuatro meses el primer año, cuatro días el segundo; la del 1859 dura pocas semanas, y lo mismo puede decirse de la del 1866. No más largas son las guerras prusianas. La del 1864 contra los Ducados de Dinamarca dura pocos días y la del 1866 contra Austria, consecuencia de la primera, dura pocos días y se termina en Sadova. Hasta la del 1870 con las trágicas jornadas de Sedán, no dura más de dos estaciones. Estas guerras, me atrevo a afirmar, excitaban en cierto sentido la economía de las Naciones, de suerte que Francia, habiendo pasado escasamente ocho años de la última contienda bélica, se hallaba nuevamente restablecida y en 1878 puede organizar la Exposición universal, obra que hace reflexionar a Bismark.

Lo que ocurrió en América no podemos calificarlo de heroico. Esta palabra debemos reservarla para las cosas de orden exclusivamente militar; pero no es menos cierto que la empresa del Far-West, dura y fascinadora, tuvo sus peligros y sus caídos, tal como una gran conquista. Este período dinámico del capitalismo, tendría que ser colocado entre la aparición de la máquina de vapor y la apertura del istmo de Suez.

Síntomas de cansancio

Son cuarenta años. Durante este tiempo el Estado observa y los teóricos del liberalismo dicen: "Estado, tienes un

único deber, lograr que tu existencia sea advertida lo menos posible en los sectores de la economía. Gobernarás mejor cuando menos te ocupes de problemas de orden económico". De manera que la economía en todas sus manifestaciones únicamente se delimitaba en el Código penal y en el de Comercio.

Pero luego de 1870 este período cambia. Ya no hay lucha por la vida, libre competencia, selección del más fuerte. Se advierten síntomas del cansancio y de la desviación del mundo capitalista. Se inicia la era de los carteles, de los sindicatos, de los consorcios, de los trusts.

No os diré la diferencia que existe entre estas cuatro instituciones, porque ya advertís que no son muy relevantes. Son las mismas que existen entre los impuestos y las tasas. Los economistas italianos aún no las han expresado. Pero el contribuyente que acude a la ventanilla sabe que es completamente inútil discutir, porque, tasa o impuesto, el hecho es que debe pagar.

No es verdad, como ha dicho un economista italiano refiriéndose a la economía liberal, que la economía trustizada, cartelada, sindicada, sea consecuencia de la guerra. Y no es verdad, porque en Alemania, y precisamente en Dortmund, el primer cartel carbonífero surge en 1879. En 1905, diez años antes de la guerra, en Alemania existían 62 carteles metalúrgicos. En 1904 existía un cartel de la potasa, en 1903 uno del azúcar, con otros diez de la industria del vidrio. En aquella época, de 500 a 700 carteles se dividían en Alemania el gobierno de la industria y del comercio. En Francia, en 1877, se constituye la Oficina Industrial de Longwy dedicada a la Metalurgia, en 1888 la del petróleo, y en 1881 todas las Compañías de Seguros se hallaban asociadas. El cartel del hierro, en Austria, es del 1873; al lado de los carteles nacionales se desarrollan los internacionales. El Sindicato de las fábricas de botellas es del 1907. El de las fábricas de vidrio y espejos que reúne franceses, ingleses, austriacos e italianos es del 1909. Los fabricantes de railes para ferrocarril organizaron un cartel internacional en 1904. El cartel del cinc nace en 1889. Y os ahorro la lectura aburrida de los sindicatos químicos, de tejidos, de navegación, etc., formados en este período histórico. El cartel del nitrato entre chilenos e ingleses es de 1901. Puede decirse que no existe sector de la vida económica de los Países de Europa y América, donde estas fuerzas que caracterizan el capitalismo no se hayan formado.

Consecuencia de los trusts

¿Cuál es la consecuencia? La muerte de la libre competencia. Viendo limitadas las ganancias, la empresa capitalista se da cuenta que mejor que luchar es llegar a acuerdos, aliarse, fundirse para dividirse los mercados y repartirse las ganancias. La propia ley de la oferta y de la demanda deja de ser dogma, porque a través de los carteles y de los trusts se puede influir sobre la oferta y la demanda. Y, en fin, esta economía capitalista trustizada, coaligada, se dirige al Estado, pidiéndole la protección aduanera.

El liberismo, que no es más que un aspecto más vasto de la doctrina del liberalismo económico, está herido de muerte. En efecto, la primera nación que ha puesto barreras casi infranqueables ha sido América. La propia Inglaterra, de algunos años a esta parte, ha renegado de todo un pasado que parecía tradicional en su vida política, económica y moral, y se ha lanzado a un proteccionismo cada vez más destacado.

Surge la guerra. Después de ella, y como su consecuencia, la empresa capi-

talista se inflaciona. El orden de grandeza de la empresa pasa del millón al millar de millones. Las llamadas construcciones verticales, vistas de lejos, dan idea de lo monstruoso y de lo babélico. Las propias desorbitadas dimensiones de las empresas, superan las posibilidades del hombre. Antes era el espíritu el que dominaba la materia, ahora es ésta la que subyuga el espíritu.

Lo que era fisiología se convierte en patología y todo llega a ser anormal. Dos personajes—pues en todas las visitudes humanas surgen en el horizonte los hombres representativos—pueden considerarse como representantes de esta situación: Kreuger, el fabricante de fósforos sueco, e Insull, el hombre de negocios americano. Con esa verdad brutal que caracteriza nuestras costumbres fascistas, agregamos que en la propia Italia surgieron manifestaciones de esta índole, pero, en conjunto, no llegaron nunca a aquellas alturas.

La utopía del consumo limitado y el mito de la estandarización

En esta fase, el supercapitalismo, recibe su inspiración y su justificación de esta utopía: la utopía del consumo limitado. El ideal del supercapitalismo consistiría en la estandarización del género humano desde la cuna hasta la tumba. El supercapitalismo quisiera que todos los hombres nacieran de igual talla para poder producir cunas "standard"; que los niños desearan iguales juguetes, que los hombres vistieran el mismo uniforme, que leyeran el mismo libro, que tuviesen los mismos gustos en las cosas del cinema, y que todos, en fin, desearan poseer un coche utilitario. Esto no constituye un capricho, sino que está en la lógica de las cosas pues sólo de esta suerte puede el supercapitalismo hacer sus planes.

Pero ¿cuándo deja la empresa capitalista de ser un hecho económico? Cuando sus dimensiones la conducen a ser un hecho social. Y es en este momento, que es cuando la empresa capitalista, encontrándose con dificultades, se echa en brazos del Estado. Y es en este momento cuando nace y llega a ser cada vez más necesaria, la intervención del Estado. Y los que lo ignoraban lo buscaban afanosamente.

Nos hallamos en este punto: que si todas las naciones de Europa se durmiesen durante 24 horas, bastaría este paréntesis para producir un desastre. Ya no hay campo económico donde el Estado no deba intervenir. Porque si quisiéramos ceder, por vía de hipótesis, a este capitalismo de última hora, llegaríamos al capitalismo de Estado, que no es otra cosa que el socialismo de Estado al revés. Llegaríamos de una manera u otra a la funcionalización de la economía nacional.

La crisis Europea

Esta es la crisis del sistema capitalista considerado en su significado universal. Pero para nosotros hay una crisis específica que nos interesa de una manera particular, como italianos y europeos. Hay una crisis europea, típicamente europea.

Europa ha dejado de ser el continente que dirige la civilización humana. Esta es la constatación dramática, que los hombres que tienen el deber de pensar es preciso formulen para ellos mismos, y para los demás. Hubo un tiempo que Europa dominaba políticamente, espiritualmente y económicamente el mundo. Lo dominaba políticamente a través de sus instituciones políticas. Espiritualmente a través de lo que ella produjo con su espíritu durante siglos. Económicamente

Fin del discurso de Mussolini

te, porque era el único continente fuertemente industrializado. Pero al otro lado del Atlántico se ha desarrollado la gran empresa capitalista e industrial. En el Extremo Oriente, el Japón, luego de haberse puesto en contacto con Europa a través de la guerra de 1905, avanza a grandes pasos hacia Occidente.

Aquí el problema es político. Hablemos de política, pues también esta Asamblea es exquisitamente política. Europa puede aún volver a ser el timonel de la civilización universal, si sabe encontrar un "mínimum" de unidad política. Esta inteligencia política de Europa no puede verificarse si antes no se reparan unas grandes injusticias.

Hemos llegado a un punto extremadamente grave de esta situación: la Sociedad de las Naciones ha perdido todo aquello que podía darle un significado político y una importancia histórica. Antes de todo, el que la había inventado no ha entrado en ella. Se hallan ausentes la misma Rusia, Estados Unidos, Japón y Alemania. Esta Sociedad de Naciones parte de bellísimos enunciados, pero que, examinados, anatomizados, seccionados, se revelan como absurdos. ¿Qué otros actos diplomáticos existen que puedan volver a lograr el contacto entre los Estados? ¿Locarno? Locarno es otra cosa. Locarno no tiene nada que ver con el desarme y de allí no se puede pasar. Se ha hecho durante este tiempo un amplio silencio en torno del Pacto de los Cuatro. Nadie habla de él, pero todos piensan en él.

Por ello nosotros no pretendemos tomar iniciativas ni precipitar el curso de una situación que deberá lógica y fatalmente madurar.

Italia ¿es una nación capitalista?

Preguntémosnos ahora: Italia ¿es una nación capitalista? ¿Os habéis formulado alguna vez esta pregunta? Si por capitalismo se entiende el conjunto de usos, costumbres y progresos técnicos, comunes ya a todas las naciones, puede decirse que también Italia es capitalista. Pero si profundizamos más en las cosas y examinamos la situación desde el punto de vista estadístico, es decir, desde el punto de vista de la masa de las diversas categorías económicas de las poblaciones, tendremos los datos del problema, que nos permitirán afirmar que Italia no es una nación capitalista en el sentido corriente de la palabra.

Los agricultores cultivando tierras propias, en el abril de 1931 eran en número de 2.943.000; los arrendatarios, 858.000. Los medianeros y los colonos, 1.631.000, y los demás agricultores asalariados, como braceros y jornaleros del campo, 2.475.000. Total de la población que depende directa e inmediatamente de la agricultura, 7.900.000.

Los industriales eran 523.000 y los comerciantes 841.000; los artesanos dependientes y dueños, 724.000; los obreros asalariados, 4.283.000; el personal de humildes menesteres, 849.000; las Fuerzas armadas del Estado, 541.000, comprendiendo en ellas la fuerza de Policía; los pertenecientes a profesiones y artes liberales, 553.000; los empleados públicos y privados, 905.000. Total de este grupo, junto con el anterior, 17 millones.

Los rentistas no son muchos en Italia: 201.000; los estudiantes, 1.945.000, y las mujeres sin profesión determinada, son 11.244.000. Existe, en fin, una cifra que se refiere a otras condiciones no profesionales: 1.295.000; cifra que puede interpretarse de varias maneras.

La agricultura es la base de todo

Se ve fácilmente, a través de este

cuadro, cómo la economía de la nación italiana es varia y compleja, y que no puede definirse como una economía de un solo tipo, porque hasta los industriales que alcanzan la cifra imponente de 523.000, son casi todos industriales que poseen empresas de pequeña y media importancia. La pequeña empresa comprende desde un mínimo de 50 obreros a un máximo de 500. Desde 500 a 5.000 ó 6.000, se comprende la media industria; pasada esta cifra, ya se entra en la gran industria, y en alguna ocasión se desemboca en el supercapitalismo. Este resumen demuestra también la equivocación en que incurrió Carlos Marx, el cual, siguiendo sus esquemas apocalípticos, pretendía que la sociedad humana debía dividirse en dos clases netamente distintas entre ellas y eternamente irreconciliables.

Italia, según mi criterio, debe seguir siendo una nación de economía mixta, con una fuerte agricultura—que es la base de todo, de tal suerte, que el pequeño despertar que en los últimos tiempos se ha efectuado en la industria se debe a las buenas cosechas logradas por la agricultura en los últimos años, según la opinión unánime de los entendidos en estas cuestiones—con una pequeña y media industria sana, una banca que no realice especulaciones y un comercio que cumpla su insustituible misión, que es de llevar, rápida y racionalmente, la mercancía al consumidor.

Por el bienestar del Pueblo

La declaración que yo hice ayer tarde definía la Corporación como nosotros la entendemos y como deseamos crearla, definiendo al propio tiempo sus objetivos. Se dice en ella que la Corporación se crea con vistas al desarrollo de la riqueza, a la potencialidad política y al bienestar del pueblo italiano.

Estos tres elementos se condicionan entre sí. La fuerza política crea la riqueza y la riqueza fortalece por su parte la acción política.

Quiero reclamar vuestra atención sobre lo que constituye el verdadero objetivo: el bienestar del pueblo italiano. Importa que en determinado momento estos institutos que hemos creado, sean percibidos directamente por la masa como los instrumentos a través de los cuales esta masa mejora su nivel de vida. Es preciso que en determinado momento el obrero, el trabajador de la tierra, pueda decirse a sí mismo y a los suyos: Si hoy estoy mejor, lo debo a las instituciones que la Revolución fascista ha creado.

En todas las sociedades nacionales existe la miseria como algo inevitable. Hay individuos que viven al margen de la sociedad: de esos se ocupan instituciones especiales. Pero lo que debe angustiar nuestro espíritu es la miseria de los hombres sanos y útiles que buscan, con afán, pero inútilmente, trabajo.

Adhesión a la realidad de la vida

Debemos querer que los obreros italianos, los cuales nos interesan en su calidad de italianos, obreros y fascistas, sientan que nosotros no creamos instituciones únicamente para dar forma a nuestros esquemas doctrinales, sino que los creamos para que en determinado momento den resultados positivos, concretos, prácticos, tangibles.

La Corporación no sólo debe desarrollar su objetivo de conciliación, sino que no veo ningún inconveniente en que se lleve a la práctica su misión consultiva. Ya se verifica el hecho de que cuando el Gobierno debe tomar acuerdos de importancia, consulte a los interesados. Y si mañana esa misión consultiva se convierte en obligatoria para ciertas cuestiones,

no veo ningún mal en ello, porque todo aquello que acerque el ciudadano al Estado, todo aquello que haga entrar el ciudadano en el engranaje del Estado, es útil a los fines sociales y nacionales del Fascismo.

Nuestro Estado no es un Estado absoluto, y menos aún absolutista, alejado de sus dirigidos y sólo provisto de leyes inflexibles, como deben ser todas las leyes. Nuestro Estado es un Estado orgánico, humano, que quiere adherirse a la realidad de la vida. La primera burocracia no es hoy, y tampoco quiere ser mañana, un diafragma entre lo que es la obra del Estado y lo que son los intereses y las necesidades efectivas y concretas del pueblo italiano. Estoy segurísimo que la burocracia italiana, que es admirable, tal como lo ha hecho hasta hoy, trabajará mañana con las Corporaciones todas las veces que sean necesarias para la más fecunda solución de los problemas.

Los Poderes Legislativos y la Cámara de los Diputados:

El punto que ha apasionado más vivamente a esta Asamblea es el que establece que se deben dar al Consejo Nacional de las Corporaciones poderes legislativos. Y alguno, anticipándose a los tiempos, ha hablado del fin de la actual Cámara de los Diputados. Expliquémoslo.

La actual Cámara de Diputados, habiéndose terminado la legislatura, debe disolverse. Secundariamente, no habiendo tiempo material durante estos meses de crear los nuevos institutos corporativos, la nueva Cámara se elegirá con el mismo método del año 1929. Pero en cierto momento, la propia Cámara es la que decidirá de su destino. ¿Existen aquí fascistas que puedan llorar ante esta hipótesis? (Voces: ¡No!) De todos modos, sepan que nosotros no secaremos sus lágrimas.

Es perfectamente concebible que un Consejo Nacional de las Corporaciones sustituya "in toto" la actual Cámara de Diputados: La Cámara de Diputados nunca me ha gustado. En el fondo, esta Cámara de Diputados es anacrónica hasta en su título, es un instituto que hemos encontrado y que es extraño a nuestra mentalidad, a nuestra pasión de fascistas. La Cámara presupone un mundo que hemos derrocado, presupone pluralidad de partidos y, de tarde en tarde el "ataque a la diligencia". Desde el día que acabamos con aquella pluralidad, la Cámara de Diputados perdió su esencial razón de ser. Casi todos los diputados fascistas han estado a la altura de su fe, y es preciso que su sangre fuera sanísima para no perder pureza dentro de aquel ambiente donde todo respiraba un pasado. Todo eso ocurrirá próximamente, para que no haya precipitaciones. Lo interesante es establecer el principio, pues de él surgen fatalmente las consecuencias.

Cuando en 13 de enero de 1923 se creó el Gran Consejo, la gente superficial podía pensar; se ha creado un instituto. No: aquel día fué sepultado el liberalismo político. Cuando con la Milicia, defensa armada del Partido y de la Revolución, cuando con la constitución del Gran Consejo, órgano supremo de la Revolución, se derribó todo lo que constituía la teoría y la práctica del liberalismo, se entró definitivamente en el camino de la Revolución.

La nueva síntesis del corporativismo

Hoy enterramos el liberalismo económico. La Corporación actúa en el terreno económico como el Gran Consejo y la Milicia obraron en el terreno político.

El corporativismo es la economía disciplinada y, por tanto, controlada, porque no puede concebirse una disciplina sin control. El corporativismo supera el socialismo y supera el liberalismo: es una

nueva síntesis. Es sintomático un hecho: un hecho sobre el que no se ha reflexionado suficientemente: que la decadencia del capitalismo coincide con la del socialismo. Y es evidente que los dos fenómenos dichos, no diré que están condicionados desde un punto de vista estrictamente lógico, pero sí que existe entre ambos una simultaneidad de orden histórico.

Es por eso que la economía corporativa surge en el momento histórico determinado, cuando los dos fenómenos concomitantes: capitalismo y socialismo, han dado ya todo lo que podían dar. De uno y de otro heredamos todo cuanto tenían de vital. Hemos rechazado la teoría del hombre económico, la teoría liberal, y hemos negado que el trabajo sea una mercancía. El hombre económico no existe: existe el hombre integral; que es político, económico, religioso, santo, guerrero.

Un paso decididamente revolucionario

Hoy realizamos un paso decisivo en el camino de la Revolución. Muy justamente ha dicho el camarada Tassinari que para que una revolución sea grande, para que deje señales profundas en la vida de un pueblo y en la historia, importa que sea social. Si os fijáis, no con mirada superficial, en la Revolución francesa, veréis que fué eminentemente social, porque derrumbó todo aquello que había quedado de la Edad Media, como los derechos de peaje y las "corvées"; social, porque hizo posible la redistribución de la tierra de Francia, creando esos millones de propietarios que fueron y son aún una de las fuerzas sólidas y sanas de aquel país.

Si en las revoluciones no ocurriesen hechos tan trascendentes, a todo podríamos llamarle una revolución. La revolución es una cosa seria, y no una conjura de palacio, y tampoco un cambio de ministerio, o el gobierno de un partido que ha suplantado a otro. Por eso debemos sonreírnos cuando se lee que la llegada al Poder de la izquierda en el año 1876 se definía como una revolución.

Hagámonos, en fin, otra pregunta: el corporativismo, ¿puede aplicarse a otros países? Hay que hacerse esta pregunta, porque la formulan ya en todos los países donde se estudia y se procura comprender las cosas.

Es indudable que a causa de la crisis del capitalismo, unas soluciones corporativas se aplicarán por todas partes; pero, para establecer el corporativismo pleno, completo, integral, revolucionario, deben reunirse tres condiciones.

Alta tensión ideal

Un partido único, al objeto de que al propio tiempo que la disciplina económica, entre en acción la disciplina política, y que haya, por encima del contraste de intereses, un vínculo de unión para todos, una fe común.

Pero no basta esta condición. Después del partido único, es preciso el Estado totalitario, o sea, el Estado que absorba, para transformarla y potenciarla, toda la energía, todos los intereses, todas las esperanzas de un pueblo.

Pero no son aún suficientes estas condiciones. Falta la tercera y la más importante: importa vivir un período de alta tensión ideal. Nosotros vivimos en este período de alta tensión ideal. Y por ello, paso a paso, daremos fuerza y consistencia a todas nuestras realizaciones y traduciremos en hechos toda nuestra doctrina.

¿Cómo negar que este período nuestro, fascista, sea un período de alta tensión ideal? Nadie puede negarlo. Este es el tiempo en que las armas fueron coronadas por la victoria. En que se renuevan las instituciones, se redime la tierra, se fundan las ciudades.

El Parlamento visto de perfil

CRONOS, BROMISTA

Entre los muchos atractivos del régimen parlamentario, no es el menor este: nunca se sabe de seguro cuándo van a pasar las cosas. Una corrida de toros nunca se retrasa cinco minutos; una función de teatro no se demora más de quince; una española no se hace esperar a una cita más allá de hora y media. Pero en el Parlamento lo mismo pueden pasar las cosas hoy que la semana que viene que dentro de un mes.

Se discute, por ejemplo, acerca de una interpelación sobre el cultivo del calabacín. El jefe de una minoría decide que, en nombre de ella, intervenga el novel diputado señor Equis. Y el señor Equis se apresta a agarrar sus primeras armas parlamentarias.

El señor Equis, agazapado en su escaño, tiene ya preparado el discurso. Aguarda el momento de pedir la palabra. Tiembla y vacila. Un escalafriño le corre a veces desde la nuca hasta el almohadón de terciopelo de su escaño. La discusión prosigue. El orador de turno emite un concepto que da pie al señor Equis para pedir la palabra. El señor Equis quiere decir:

—¡Pido la palabra!

Pero la voz se le resiste. Una timidez insuperable le contiene. El señor Equis lucha consigo mismo. Por fin se decide. Cuando se decide, el orador de turno está hablando ya de otra cosa que no tiene nada que ver con el señor Equis. Pero el señor Equis, ya decidido, levanta un dedo, mira al presidente y, con humildad, dice:

—Pido la palabra.

El orador suspende un instante su discurso, se vuelve hacia el señor Equis y le contempla como diciendo:

—¿Por qué se le habrá ocurrido pedir la palabra a este señor?

De varios sectores miran hacia el señor Equis. Se oye un murmullo:

—¿Quién es? ¿Quién es?

Algunos sordos le consideran interruptor y preguntan a sus vecinos:

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

El señor Equis, turbado por esa expectación, se dedica a morderse las uñas. El orador de turno termina. El señor Equis cree que le van a conceder la palabra y paso una congoja. Pero resulta que el señor presidente tiene en lista a otros varios señores que han pedido la palabra. Hablan uno detrás de otro. Cuando el señor Equis considera inminente su llamada, el señor presidente dice:

—Se suspende esta discusión. Orden del día.

El señor Equis sale a la calle con su discurso inédito. Tal vez en la sesión siguiente tampoco le corresponda hablar. El discurso ya es una pesadilla. Se lo ha repetido a sí mismo, mentalmente, una y otra vez. Las frases culminantes le obsesionan. El señor Equis anda ensimismado. Contesta maquinalmente cuando le hablan. En las Cortes, rumiando su discurso, no se entera de lo que dicen los demás. Cuando su vecino de escaño, aludiendo a lo que se dice allí, exclama: "¡Qué tontería!", el señor Equis sonríe para fingir que se está enterando. Así, al cabo de varios días, cuando ya casi ha perdido la esperanza de hablar, cuando ya no puede soportar el tormento de su discurso retrasado, suena la voz del presidente:

—El señor Equis tiene la palabra.

El señor Equis se pone de pie, livido.

La guardia de Europa

En trance de buscar la mejor policía de Europa, para la misión más delicada, los ojos del canciller Hitler se han fijado en nuestra Guardia civil. El Gobierno español ha estimado que no podía aceptarse el requerimiento de vigilar con guardias civiles el plebiscito del Sarre. Sea. Pero ya el solo hecho de que nuestra Guardia civil haya sido invitada a ejercer de Guardia de Europa, tiene que haber puesto un escalofrío de orgullo bajo los tricornos y parece llenar a España otra vez—¿desde cuándo?—de un cierto aire imperial de los mejores días.

A los que dicen que España es incapaz de disciplina; a los que repiten la vaciedad de que los españoles son perezosos e individualistas, basta con señalarles, bajo el tricornio, dentro del capote, a cualquiera de nuestros guardias civiles. No es un hombre ni un centenar; no han sido entresacados de una clase sujeta a excepcionales ejercicios; es sencillamente, una hermandad de veinticinco mil hombres del pueblo; de éste y de ése y de todos los pueblos de España. Y cada uno de los veinticinco mil es un archivo de disciplina cortés, de serenidad humana, de valor, de abnegación y de laconismo.

Lo que ocurre que España es demasiado seria para jugar a la seriedad cuando no tiene nada que hacer. Por eso es indisciplinada cuando no encuentra digno empleo para su disciplina. Pero si un español, o veinticinco mil españoles tienen por delante una tarea en que merezca soportarse y arrostrarse todo, ninguno le aventaja en disciplina. Ahí está para demostrarlo, como si tal cosa, en nuestros caminos y por nuestras sierras, silenciosa y sencilla, esa hermandad de hombres del pueblo que ha sido requerida para nuestro orgullo, como Guardia de Europa.



Pero todavía el presidente demora su intervención un poco más:

—Perdone su señoría: el señor Ministro de Marina va a leer un proyecto de ley.

El Ministro de Marina sube a la tribuna y lee unas cosas entre dientes. Por fin, otra vez:

—El señor Equis tiene la palabra.

Así, previa esa dramática gestación, viene al mundo la humilde y honrada mediocridad de esos discursos que empiezan:

—Señores diputados: me levanto a hacer uso de la palabra, muy brevemente, porque es necesario fijar la posición de esta minoría ante el interesante problema que se debate.

El Parlamento visto desde fuera

El carnaval marcó una pausa en la vida parlamentaria. La mascarada se echó a la calle y en el salón de sesiones tan sólo quedó flotando el recuerdo de las palabras. La calle se llenó con serpentinatas; el grito de las máscaras redujo por unas horas el confuso guirigay de la política. La amenaza de la subversión tiró de algunas conciencias; ¡Carnaval revolucionario! La presencia del gran guñol dotó por unos instantes de cierto tinte dramático al afborzado reb de la mascarada.

¡Pausa en el vivir parlamentario! El buen español no se dió casi cuenta de que así sucedía. Entre la broma con careta y el grito sucio de confeti y serpentinatas, el hilillo de la política seguía devorándose a espaldas suyas. Los rumores cruzaban de un lado para otro, prometiendo la jugada repetida una y mil veces de una combinación que asegurara mayor estabilidad a un gobierno inestable, o el paso al poder de los que pujaban en las tinieblas del Parlamento por sacar a flote su cabeza sobre el azul del banco de los ministros.

Y después de la pausa, repleta de cabildos y zancadillas, componendas y estira y afloja, saltó sobre el hemisiclio la cruda realidad del Estatuto vasco. El buen español se echó las manos a la cabeza. Se trataba nuevamente de cercenar la tierra de España. Y los cuatrocientos diputados, que languidecieron sobre el rojo polvoriento de los escaños, se aprestaban alegremente a ejercitar su triste labor de dar vía libre a la disolución española. "¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!", suspiró el español de la calle, que no entendía ni quería entender de mayorías y minorías, de cómputos de las votaciones y de equilibrio de los partidos. Detrás de todo aquello estaba el desgajarse de tres provincias, el naufragio de una continuidad histórica, el angustiado grito de un país que se ponía conienzudamente a dejar de serlo.

Lágrimas de sangre y de tierra saltaban de los ojos del español: el Parlamento se iba a poner a ejercitarse en un regateo que acabaría entre la frivolidad y la imprevisión, por cercenarle definitivamente la viva realidad de su tierra. ¡Tierras de España! El español las veía a todas juntas, insertándose en el todo de una armonía superior y única. Pero sueltos por ellas corrían los que, locos de disolución, voceaban su voluntad de suicidio.

¿Y el Parlamento? "La voluntad nacional" tan sólo parecía desarbolada fragata a la deriva. El grito herido del español que no quería presenciar su propio descuartizamiento rebotaba contra los muros del Parlamento. El aire de la calle se llenaba de lágrimas y de frustrados deseos. El puño de España se crispaba en ademán trágico. Había que arrancar a la muerte la presa de las tierras españolas. Y, sin embargo, continuaba el juego cómodo de las votaciones y los discursos.

Y tres provincias, enloquecidas por la angustia del "sálvese quien pueda", se preparaban para dibujar su contorno con una honda zanja que las hundiera en la ausencia de España.